LAS/12

MIRADA DE MUJERES
EN PAGINA/12
12 NOVIEMBRE 1999
AÑO 2 • NUMERO 83



LESBIANAS

Durante la última Marcha del Orgullo LGTTB (lesbian, gay, travesti, transexual y bisexual), en el medio de la lectura de adhesiones, la música de los Redondos, las banderas del arco iris y los besos profundos hicieron de la política una fiesta. Y muchas chicas que mostraron sus pechos en todos los surtidos que describía el escritor Ramón Gómez de la Serna en su libro *Senos* –en forma de manzana, de pera, de badajo de campana, de bulbo– hicieron, lo supieran o no, un gesto que marcaba el fin de la cultura de la queja y convertía el festejo en soberanía.

LOLAS & BESOS

POR MARIA MORENO

Si no puedo bailar, no me gusta tu revolución", dijo alguna vez Emma Goldman. Por eso esta nota no se propone un relevo antropológico de Buenos Aires Lesbos –sus usos y costumbres– ni de su dimensión política, ni del romance, casamiento y divorcio con reincidencia entre lesbianismo y feminismo, sino desplegar, tras la estelas de la VIII Marcha del Orgullo LGTTB (lesbiana, gay, travesti, transexuale y bisexuale) los fragmentos de una historia de la fiesta, eligiendo a un grupo específico de fiesteras: las lesbianas. Como maestra ciruela, pero no por eso menos libertina, **Las/12** quiere señalar con rojo –de rouge y no de censura– la L de LGTTB. Lo cual no impedirá que el relato de la fiesta se politice, de todos modos, ¿acaso la toma del Palacio de Invierno, la entrada del Che en La Habana, la quema de corpiños de las militantes feministas que en Francia y EE.UU. exigían la legalización del aborto no fueron también fiestas?

EL PABELLON DE LAS DAMAS

Sería inútil remontarse a Safo y a sus reuniones de muchachas que bebían vino, tocaban la cítara y jugaban al juego de crótalos que consistía en volcar desde lejos y sin derramarlo vino desde un recipiente grande a otro pequeño y cuyo premio eran unos besos que no quedaron fechados entre historias apolíneas que van a parar hasta la teoría de Michel Foucault. París, en 1910, 1920, es más cerca. Las chicas se reunían en salones cerrados, a la luz de lujosos candelabros heredados, bajo retratos de damas ecuestres, bebían curaçao con hielo y hablaban de una poesía que tenía olor a Baudelaire y a opio. A menudo usaban pechera plisada y frac, que solían ocultar a la salida bajo un abrigo de asociación de beneficencia que las protegía de una ley que no admitía el travestismo. Cómo no importar también *aquel París*, si importábamos hasta los mármoles para las tumbas del cementerio de la Recoleta y los sombreritos de cuero de los gauchos, de origen inglés. En su artículo "Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires", perteneciente a su libro *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Juan José Sebreli cuenta que, a principio de siglo, dos niñas, Lucía Lainez Varela de Mujica y Ema Lagos se batieron a duelo utilizando –en ausencia de psicoanalistas de interpretación pedestre– los floretes de sus propios padres. El motivo era otra niña con nombre de calle: Celina Zapiola. Cuenta también que en una mansión cercana a la Plaza Francia una dama, también con apellido de calle, organizaba, cuando su marido estaba en la estancia, fiestas que eliminaban el principio masculino. En una de ellas se homenajeó a dos damas ambiciosas que, sin tener apellido de calle, venían de España y se hacían llamar La Goya y La Gioconda; la primera era cupletista. Y que una vez el marido de la anfitriona, como en una novela de boulevard, llegó de improviso y agarró a las damas a latigazo limpio sin imaginar que estaba realizando en otro contexto y con otra ambición un gesto de las prácticas S/M. Años más tarde la arqueóloga Genevieve Gircourt y su amante Simone Gal Laduveza, extranjeras y por eso esperadas como liberales y liberadoras, pusieron una librería francesa en la calle Tucumán 543 en cuya trastienda se tomaba el té. Las llamaban *las mignons*.

Como un José Gobello sofisticado, Sebreli explica el origen de la palabra "tetera", término con que los gays porteños designan a los baños públicos y en donde encuentran sus placeres al paso: en inglés al baño se lo llama "toilet room", pero mejor "t-room" que suena más cortito y también como "tea room", salón de té. Pero en las primeras décadas del siglo las "teteras" eran para las damas literales. No sólo en la trastienda de Las mignons, se tomaba té sino en todas partes donde el ritual servía para encubrir diálogos que se calentaban a tono con los estómagos, en apartados decentes de confiterías elegantes y la paradoja era que las damas, debido a los litros de té ingeridos, debían dirigirse a menudo a los toilet room que los varones ya habían conquistado. Las chicas que amaban a chicas se llamaban a sí mismas "better" y a las heterosexuales, "paquis", paquidermos. Por supuesto había fiestas de a dos como las que registra Alejandra Sardá en su libro inédito *No soy un bombero, pero tampoco ando con puntillas*. Allí una médica de la alta burguesía le cuenta cómo una "paqui" caprichosa la llevó a ver la película *El hijo del sheik* en donde el personaje interpretado por Rodolfo Valentino rapta a una mujer blanca y la lleva a su tienda. La "paqui" quería representar con ella esa escena. Mientras se extendía en su lecho, le pedía que corriera un pesado cortinado de terciopelo que simulaba la entrada de la tienda, mientras decía: "Allors ¿qu'est que tu attends pour deshabiller?". Las fiestas no implicaban ninguna conciencia en términos de redefiniciones eróticas; la impunidad de la pertenencia de clase hacía que el secreto, aun con su probable cuota de tragedia, fuera invisible para la sanción social. En la Argentina las mujeres modernas cobijaban entre sus huestes a lesbianas de instrucción europea que asimilaban el safismo al arte: "Todas somos raras. Amamos la literatura, el kummel y los cigarrillos turcos.Hablamos de cosas extraordinarias para mujeres. Tenemos opiniones filosóficas. Se hace música ý se hacen versos; se habla lo mismo de la filosofía de Patanjali que del último figurín", escribía en su novela *La casa de enfrente*, Salvadora Medina de Botana, ex militante anarquista, esposa del director de *Crítica*, que no vacilaba en enamorarse de mujeres y dejar poemas encendidos entre los muebles de su casa, hasta que Botana, en calidad de ex marido irritado y con intenciones de fugarse con una noble le invadió el departamento y arrojó huevos contra las paredes –una poco sutil alusión a la palabra tortilleras–.

Pero la ciencia vigilaba. Ya en 1904 el Dr. Víctor Mercante publicaba en nuestro país quizás el primer artículo que advierte en el amor entre mujeres una potencialidad peligrosa. Se titula *Fetichismo y uranismo femenino en los internados educativos* y apareció en los *Archivos de Criminología y Psiquiatría*. Allí, en esos patios de escuela adonde se prohíbe saltar, correr y gritar se emboscan para él las temibles "predegeneradas", aquellas que realizan clandestinos intercambios de prendas de amor entre "la señorita novio" y la "uranista estática". Contrariamente a Freud que descree del fetichismo en la mujer, Mercante encuentra en las escolares de institutos religiosos fetiches donde "el ocultismo suele imponerse a la exhibición en anillos y medallas y camafeos. Id a la plaza una noche de retreta, observad con atención. Si miráis al pecho o a la cintura, notaréis el manojo de talismanes que campea, como el ombú en la parte de los deseos". Mercante utiliza este texto para denostar a la enseñanza religiosa y a aquellas monjas maestras locuaces en encender identificaciones vehementes con sus excitantes relatos sobre la vida mística. En cada niña que lee con la mejilla apoyada en el hombro de una compañera, en cada distraída que besa un talismán, en la que manda una carta de amor ve un alma cautiva de lo que él llama el "imperio de la anomalía". "El Dr. Mercante exhibe a sus lectores las cartas románticas que se enviaban dos muchachas llamadas Chacho y La Odiosa que no Sabe Odiar. Al igual que en las oficinas de la revista *N.X*, cada habitación homenajea a algún integrante de su comunidad ¿no podría La Fulana, una casa de lesbianas feministas, dedicar algún cuarto a la memoria de Chacho y La Odiosa que no Sabe odiar, esas precursoras?

DE LA PERGOLA A LA PLAZA

Cuando durante la década del 70, en un local del Once se forma el Frente de Liberación Homosexual, se organiza en su interior uno exclusivo de lesbianas llamado Safo. Es clandestino, tanto la fiesta como el debate continúan a puertas cerradas. Y la palabra "fiesta" quizás es más asociable con el poeta Néstor Perlongher quien, luego de renunciar al PO, del que era militante, se paró en Callao y Corrientes, vestido de blanco y



ADRIAN PEREZ





"EN LA SOMBRA DE LA HIPOCRESÍA: ¡A BRILLAR MI AMOR"! ERA LA CONSIGNA Y LAS CHICAS BRILLARON COMIENDOSE A BESOS.

con una capelina blanca. Y luego ayudó a acuñar el slogan "para vivir y amar en una ciudad liberada", utilizado por la comunidad gay militante.

En 1988 –el Día Internacional de la Mujer–, Ilse Fuscova que venía publicando unos cuadernillos titulados *Cuadernos de Existencia Lesbiana* sale a la plaza de los festejos con un cartel que nombra su publicación. Hay agresiones y golpes por parte de peronistas. Un grupo de mujeres aborígenes sale a la defensa de las visibilizadas. A los pocos días la cúpula peronista pide disculpas. No tenían experiencia. Este tema no era la razón de la vida de Evita. El closet se abre en un programa de TV llamado "Imágenes de radio" y aparece Celeste Carballo diciendo que ella y Sandra Mihanovich son una pareja y no unas simples hijas de rock and roll. El animador Badía hace gulp. Ya había empezado otra década: la del noventa. En 1991 la militante Ilse Fuscova, con un chal color fucsia –el color del feminismo– abre el closet sobre la mesa de Mirtha Legrand y se declara lesbiana. Atemorizadas mujeres que ven el programa y que no tenían aún "las palabras para decirlo" se ponen en contacto con Ilse. Entre ellas está Claudina Marek que, en ese momento, ha faltado al trabajo, por estar en cama con pulmonía en una versión benigna de Margarita Gautier y a quien sus compañeras del colegio, por ser muy buena deportista, llaman Jefe Watusi. Se comunica por teléfono con Ilse, al poco tiempo se casan, las dos de corbata, a través de ceremonias extraoficiales. Juntas integran un grupo de reflexión y autoayuda llamado Convocatoria Lesbiana.

Poco a poco las mujeres que aman a mujeres hablan de derechos humanos, del indulto, de los pollos de Mazzorín, de la muzzarella adulterada y no sólo de su sexualidad como suelen hacerlo en el interior del feminismo.

Si bien los profesionales siguen vigilando, ahora convocan a las lesbianas para que den su testimonio. Hilda Rais ha escrito en enero de 1987 un trabajo destinado a ser leído en el III Encuentro de la Red de Alternativas a la Psiquiatría. Luego se verá obligada a seguir reescribiéndolo para presentarlo en grupos mixtos de postgrado de sexología. Hilda no deja de preguntarse ¿por qué ella? Y se lo explica: "Me presento como escritora, feminista, integrante de Lugar de Mujer, una de sus fundadoras. Pero además no soy vista como agresiva, ni resentida, ni masculina, ni pobre, ni agitativa, ni lumpen, ni tosca, ni frustrada, ni gorda, ni reventada, ni muy fea, ni asexuada, ni exhibicionista; parezco no albergar odio hacia los varones ni competir con ellos, parezco educada, formal, limpia, agradable en el trato". Pero Hilda suele dar, en esos lugares adonde la pregunta honesta no exime de la lesbofobia, no sólo la respuesta que sirve para la clínica sino también la respuesta política: "Setenta millones de mujeres son sexualmente mutiladas; si la mayoría del resto son –por lo menos– colonizadas, si la opresión de las mujeres no se limita a lo socio-político-económico-cultural-legal sino que incluye a los cuerpos sexuados y deseantes, cabe pensar que el núcleo de la intolerancia es la existencia de un goce que prescinda del varón o que escape a su control y deteriore el mito de los opuestos complementarios. Y en esta situación estamos todas".

Mientras tanto las visibilidades *off* políticas se negocian entre la picaresca y la novela de peripecias. *No soy un bombero, pero tampoco ando con puntillas* registra persecuciones en donde las amantes clandestinas se juntan en una estación para tomar un subte en dirección contraria y relojearse un rato en el andén. O se van de vacaciones



juntas una en el micro y la otra en un auto que lo sigue y lo aborda lejos de la Capital, mientras todos los pasajeros aplauden al encenderse las luces. Hay soberanías proletarias como la de Cachita, que solía ir al bar Vivir –uno de los tantos recordados "del ambiente" como El café de Abril o La Emperatriz– a jugar al truco y contar sus historias de fletera, groupier y otros oficios de "machita" que se enorgullece de ejercer desde la infancia: "¡Uh! ¿Querés que te cuente una historia? No es una historia, es real. Antiguamente todos los clubes de barrio hacían picnics. Ibamos a San Isidro. Se hacían en la orilla del río. Un día llegamos. Yo andaba con un pantalón cortito, el pelo cortado tipo varón porque siempre tenía piojos, y me cortaban así. Entonces le digo a mi mamá: 'Me voy a bañar'. Y me fui y me perdí. ¡Te imaginás! Me buscaban por todos lados, y no me encontraban. Yo tenía seis años, más o menos. Por los parlantes decían: 'Roberto Fernández, seis años de edad, está perdido'.

–Esa es la Cachita –dice mi papá.

–No, dale –le decían– no puede ser.

–Vas a ver, vamo'a buscarla que es ella.

Mi papá me conocía (los padres conocen a sus hijos). Yo me perdí y me agarró la policía. Me dieron mate cocido, una factura y me dijeron: 'Pibe, ¿cómo te llamás? Tenía el pelo tan cortito, ¡qué sabían si era nena o varón! Y yo le digo 'Roberto Fernández'. Ya tenía la fijación desde chica". En los cincuenta, en los sesenta, había visibilidades de película de Almodóvar como la que testimonia Viviana para *No soy un bombero...*: "Micaela y yo teníamos una motoneta, una Siambretta. Ella era la que manejaba. Más de una vez nos gritaron ¡vayan a lavar los platos! Y vamos a la casa de una amiga con la motoneta. Esta amiga mía de la oficina tiene una hermana casi ciega. Stefanía se llama. ¿Viste que los ciegos se guían por el tacto? No sé si por las historias que la hermana contaba o por haberse dado cuenta de que veníamos en la Siambretta dos mujeres, nos tocó las manos y Micaela y yo usábamos cada una un anillito de oro con nuestras iniciales que adentro decía la fecha. Eran nuestros anillos de compromiso, pero para disimular los usábamos en el dedo grande, los dos iguales. Hete aquí que Stefanía se da cuenta de todo, entonces empieza a buscarla a Micaela y me hace poner celosa a mí. Ella era homosexual. La cosa es que terminamos siendo amigas de ella. Era la única lesbiana que conocíamos. La única con la que tomamos contacto. Estábamos las tres siempre juntas. Una vez –mirá la ironía y la gracia de la historia–. estábamos con Micaela en el dormitorio mío y vino Stefanía. Cerramos la puerta; Micaela y yo empezamos a besarnos y Micaela se sentía mal. Esta era la primera vez que nos besábamos en público. Hacerlo delante de una ciega era la ironía más grande del mundo".

A fines de los 90 las fiestas juntaron política y jarana. En La casa de las Lunas, por ejemplo, un colectivo de lesbianas feministas, hubo un multitudinario baile de disfraz en donde triunfó una socías de Frida Kahlo y que terminó con una versión de La Internacional para malambo.

A BRILLAR MI AMOR, AUN PASADAS POR AGUA

En lo que podría llamarse una mercería artística llamada Belleza y Felicidad se festejaba las vísperas de la VIII Marcha del Orgullo LGTTB. Entre chucherías chinas de $2 elevadas al rango de souvenir postmodernos, peluches tiernizados por el uso, folletos de títulos eróticos como *El mendigo chupapijas* o *Concurso de tortas. Ganadora, Sonia*, una gigante pelirroja recitaba lo que podía ser una poesía de la estética beatnik vainilla. "Voy a balrog/ un bar de tortas original,/ pues es una casa." (...) "De pronto,/ una chica muy alta/ con casco y camiseta/ se enfrenta a Fernanda./ En posición,/ piernas firmemente abiertas /contra el piso,/ tira del casco con suavidad/ y descubre su rostro/ de veinticinco años./ La vida que tuvo le sale/ por los ojos/ la que está teniendo/, por los brazos bronceados/ fuertes/ que saben manejar,/ y entonces,¡Sí!/ ¡es cierto! La invita:/'querés venir a pasear en moto'/ sin escupir,/ ni reír,/ Fernanda acepta/ con una inclinación de cabeza/ y la bella se la lleva/ de la mano./ La veo alejarse /por el camino de tortas/ que se abren/ para cederles/ el paso lento,/ fragante,/ creyente". Y todos aplauden y ríen, menos alguna lesbiana feminista que comienza a preguntarse por el relativismo cultural o qué, y si "torta" en ese contexto significa humor, despolitización o lavado de cerebro. Una de las dueñas del lugar, Fernanda Laguna, será una de las que, la tarde del 6 de noviembre, se quitará la camisa para besarse con otras descamisadas bajo la bendición de los evangelistas que compartieron la Plaza de Mayo ese día, con expresión de trance por haber encontrado las expresiones vivas de la Magdalena bíblica –aunque en versión torta–. Tomándose una cerveza en La Ideal. Fernanda dice, dándole una vuelta al sentido de la palabra discriminación: "Yo creo que no hay que discriminar a la gente pensando que va a decir. ¡Huy, qué mal! Ni esperar que el otro te apruebe. Yo veía el otro día a un señor en mi negocio comprando *El mendigo chupapijas*, de Pablo Pérez, y pensé que a lo mejor en lugar de considerarlo malo le permitía vivir algún sueño. Yo disfruté la marcha como un hecho en sí, porque pienso que las cosas en sí mismas valen más que a lo que llevan". Fernanda dice que siempre fue rara y que de chica planchaba en las fiestas porque tenía bigote. El día que se depiló tuvo novio. Pero sobre todo amigas: "Yo me considero torta porque me parece más sexual; la palabra lesbiana me suena a *pura*. Ahora si me dijeran lesbiana por ser lo que soy, me encantaría. Pero a veces tengo la impresión de que tendría que ascender de torta a lesbiana".

A fines de los 90 las fiestas juntaron política y jarana. En La casa de las Lunas, por ejemplo, un colectivo de lesbianas feministas, hubo un multitudinario baile de disfraz en donde triunfó una socías de Frida Kahlo y que terminó con una versión de La Internacional para malambo.

El beso prohibido por el Dr. Mercante brilló en la plaza del seis de noviembre bajo la batuta de Lohana Berkins que daba instrucciones festejadoras desde el camión que sostenía a la comisión organizadora. No eran piquitos, eran de profundis, más húmedos aún por el aguacero que se desató probando, como sugirió alguno, que Dios es homofóbico. Y, lo supieran o no, muchas chicas que se sacaron la remera para mostrar sus pechos en todos los surtidos que describía el escritor Ramón Gómez de la Serna –en forma de manzana, de pera, de badajo de campana, de bulbo– estaban haciendo el gesto político por excelencia realizado por los squoters desalojados por la policía, las feministas al exigir públicamente la propiedad de su cuerpo, las hippies amamantadoras y otras antiguallas setentistas.

La abogada feminista Maggi Bellotti, de ATEM (Asociación de trabajo y estudio sobre la mujer) que no fue a la marcha, recuerda cuando se pronunció como lesbiana en el diario *Clarín* aunque entonces sólo mostrara, no los pechos, sino la furia de su cabellera colorada: "El feminismo para mí significó dejar de ser homosexual para ser lesbiana y entiendo al lesbianismo como tener como fundamental referente a las mujeres, mantener con ellas un compromiso emocional, político, intelectual y erótico. Me había pronunciado en muchos sitios de la política, pero nunca en un medio. Si perdí clientes, no lo sé. Pero recuerdo a una que me dijo 'doctora, la vi en el diario'. 'Pero si la nota salió hace mucho.' 'Es que la vi en el diario con que estaban envueltos los huevos que mi marido trajo del mercado.'". Después se pone más seria para opinar sobre la convocatoria de la marcha: "Creo que la palabra *hipocresía* es despolitizada porque no denuncia que hay una norma única que funciona por encima de las otras. Por otra parte la hipocresía puede ser una defensa ante la violencia. La convocatoria no implicó una crítica a las políticas sexuales que son jerárquicas y discriminatorias". Fue necesario contarle lo de las chicas que no eran las descamisadas de Perón sino las de la fiesta en marcha de orgullo LGTTB, y que además tenían argollas en la nariz, patines, tatuajes. Y que cultivaban una estética entre punk y el Puck de *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare: "Nosotras decíamos 'El placer es revolucionario' y fuimos criticadas dentro del feminismo. Lo de mostrar las tetas está bien, porque es quitarle su significado obsceno para transformarlo en una provocación política, claro que ya eso se hizo en los sesenta".

¿Esta libertad de los cuerpos es un efecto por ósmosis de las luchas anteriores o se trata de otra historia que no se quiere discursiva? "La fiesta es" había dicho Fernanda Laguna.

"¿Despolitizada?" –pregunta María Rachid de La Fulana, una casa de lesbianas feministas: "Yo creo que esta marcha sirvió para hacerle un clic a la gente que fue por primera vez o que no tenía una relación cómoda con la militancia y fue mucha. Lo sabemos porque llamaron por teléfono. No creo que la convocatoria no haya sido política porque la hipocresía ya no es una palabra blanda y por los discursos que se dijeron. Lo comprendieron los HIJOS y las chicas de Lesbianas a la Vista que no estaban tan de acuerdo con la convocatoria, pero que cuando aparecieron los evangelistas con su cruz y su bandera argentina se pusieron a pintar unos carteles que decían: 'Estamos como Dios en todas partes, pero nos divertimos más'. Esas chicas habían invitado a la plaza con un volante que denunciaba que la Ley Antisdicriminatoria dictada por De la Rúa hoy es letra muerta, apoyaban el juicio en el exterior a los militares genocidas y usurpadores, repudiaban a Ruckauf que "olvida que las balas no matan el hambre sino a los hambrientos". Y en el medio de la lectura, la música de los Redondos, las banderas del arco iris. Y las travestis "producidas" y por fin reconocidas por aquellas agrupaciones que sugerían que para ser feminista o lesbiana o feminista lesbiana no había que tener pito. Y Diana Bellessi, como siempre –por algo es poeta y hasta no le molesta la palabra poetisa– encontró en la marcha una metáfora fecunda: "Yo me considero de retaguardia, porque la retaguardia me liga a la parte de atrás de la murga adonde habitualmente van las mujeres que son la frontera entre la murga y el pueblo. Y siento que esa frontera es la auténtica vanguardia. Sé que hasta hace poco preocupaba la alta visibilidad de las travestis, porque ellas en estas marchas suelen llevarse la corona. Pero, cuando las chicas logremos erguirnos en nuestra soberanía como sujetos y nos arroguemos el derecho de estar en la plenitud del mundo, o sea que portemos nuestra propia corona sabremos que entregar la corona de vez en cuando, que la corona vaya de ida y vuelta no significa perder la cabeza".

TAPA: DG ROS • FOTO: MALALA FONTÁN

LAS/12 AGRADECE A CHELA DE *ESCRITA EN EL CUERPO* Y MARÍA ALEJANDRA BRASSÓ DE NX.

POLITICA

Lo hecho

POR ESTER SCHIAVONI*

El martes pasado, se concretó la reunión en la cual la licenciada Cecilia Felgueras y su equipo técnico recibieron la información necesaria sobre el Consejo Nacional de la Mujer, organismo que presido desde enero de 1996.

Sin duda, la vida institucional de nuestro país está siendo fortalecida a partir de esta transición histórica. En el caso concreto del Consejo Nacional de la Mujer estamos transfiriendo un espacio público creado en 1992 por el presidente Carlos Menem, pero también estamos transfiriendo una historia y una proyección.

La historia es la del mayor rango institucional jamás alcanzado por un organismo nacional destinado a las políticas públicas de igualdad. La proyección es la instalación de este espacio en todo el territorio nacional y la posibilidad de continuar un programa que ya está en marcha y que fue premiado por su diseño por el Banco Interamericano de Desarrollo. El Plan Federal de la Mujer cuenta con financiamiento aprobado por un total de 15 millones de dólares que recién se ha iniciado.

Desde la creación del CNM hasta la fecha, pueden identificarse dos etapas diferenciadas. La primera fue su participación activa en la promulgación de la Ley de Cupo, la que modificó la conformación del Parlamento y garantizó –por primera vez en la historia institucional de nuestro país– una masiva representación femenina en la Convención Constituyente de 1994. De esa primera etapa queremos dejar sentado nuestro reconocimiento para quienes nos precedieron en las distintas instancias de responsabilidad institucional, a las mujeres que pelearon por la creación del CNM desde la política y a tantas otras mujeres, conocidas y anónimas, que defendieron este espacio desde sus bancas, su trabajo académico, social y comunitario. Lo que ellas lograron se plasmó en la reforma constitucional y posibilitó en el campo legislativo la construcción de un marco jurídico excepcional para eliminar todas las formas de discriminación contra las mujeres.

La segunda etapa, entendí, debía ser convertir el marco jurídico conquistado en práctica social cotidiana. Un objetivo que sólo podía alcanzarse mediante dos herramientas: la institucionalización de la temática de la mujer en el ámbito del Estado y la aplicación de una estrategia comunicacional consecuente con este objetivo. Para ello fue creado el Consejo Federal de la Mujer, quien definió la política nacional. El Plan Federal de la Mujer es la respuesta que hemos diseñado para cumplir con las demandas. Este programa financiado en partes iguales por el Estado nacional y por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), hoy en ejecución en cinco provincias, tiene como meta la instalación de capacidades políticas, técnicas y operativas en las áreas mujeres de distinto alcance jurisdiccional en todo el territorio nacional.

La estrategia comunicacional que el CNM esbozó e implementó, al servicio del fortalecimiento institucional, hizo posible la instalación del organismo como confiable y apto para desempeñar la gestión pública de gran impacto descripta. Esta estrategia comenzó con la construcción de canales interinstitucionales, continuó con la producción de medios propios y específicos (sitio web del CNM, *(La) Revista del Consejo Nacional de la Mujer*, reportes especiales para las consejeras federales, CD-Rom con material informativo y legislativo, etc.) y se consolidó hasta poder lograr el diseño de un Sistema Nacional de Información de la Mujer (SNIM). El sitio web del SNIM fue presentado el 2 de noviembre en el salón Colón de Casa de Gobierno.

En suma, todo está dispuesto para seguir avanzando; las mujeres de todo el país habrán incorporado definitivamente la visión de que el poder es una construcción consciente sobre la base de la organización.

** Presidenta del Consejo Nacional de la Mujer.*

RAMOS GENERALES

Ufa con el 2000



El recontramentado "fin del milenio" sigue atosigando a la humanidad, presente y futura, con eventos, souvenires, preparativos y cuanta ocurrencia asome. Por ejemplo: una cápsula preparada para dar testimonio de estos tiempos cerca del año 3000 (cuando se supone que será reabierta) contiene, entre otras cosas, la lista de las veinte mujeres más bellas del mundo de acuerdo con los resultados de una encuesta realizada por una firma de cosméticos entre tres mil mujeres británicas. He aquí la sorpresa: en pleno reinado de la juventud como ideal de belleza, quien preside la lista es ni más ni menos que Sofía Loren –que cuenta con 65 años–, a quien acompañan Joanna Lumley –de 53 años–, y Raquel Welch –de 59–. Bastante más lejos del número uno siguen Elizabeth Hurley, Cindy Crawford y Julia Roberts.

Asunto de polleras

Las británicas han entrado de lleno a un combate contra las faldas. Con el apoyo de la comisión gubernamental encargada de la igualdad de oportunidades y sus padres, Claire Hall, una adolescente de 14 años, inició una demanda contra su colegio por no permitirle llevar pantalones, como hacen los varones y obligarla a concurrir en pollera. Por su parte, la gerente de la Asociación de Golfistas Profesionales Judy Owen renunció a su cargo cuando su jefe pretendió obligarla a usar faldas de un día para el otro, además de "llamar a las mujeres golfistas lesbianas y marimachos", por lo cual Owen le impulsa un juicio por discriminación sexual. Todavía hay más: dos guardas de seguridad del Euroestar –el tren que atraviesa el Canal de la Mancha– fueron despedidas por solicitar que se les permitiera cambiar la pollera del uniforme por un pantalón al tono, pero que les dijera agacharse o "perseguir polizones". Obviamente, las chicas han hecho la denuncia, pero sólo ante el sindicato.

ACOSO MORAL

En el mundo del trabajo resulta habitual la práctica de aniquilar la imagen del otro para colocarse en posición de superioridad. Se trata de una violencia psicológica continua que implica, a partir de la utilización de las demás, una estrategia de destrucción del otro sin que se produzca ningún sentimiento de culpa. El perverso desestabiliza, confunde, emite mensajes contradictorios, deforma el lenguaje, descalifica, engaña, miente, desautoriza, niega la realidad y muestra así su necesidad de afirmarse y tomar el poder". Esa tesis le bastó a la psiquiatra, psicoanalista y victimóloga francesa Marie France Hirigoyen para, mediante *El acoso moral*, revolucionar a las asociaciones de ciudadanos, colegas y abogados en torno de la tortura psicológica que diluye la autoestima. De hecho, el revuelo alcanzó a la propia Asamblea Nacional, que se encuentra preparando, para principios del año 2000, un proyecto de ley sobre el acoso moral en la empresa.



LIBRERIA

Vida cotidiana, novela pequeña



Diario de una ama de casa –de la cordobesa Editorial del Boulevard– es el título que María de los Angeles Rojas eligió para un volumen compuesto de relatos breves que recorren la vida cotidiana de una mujer desde su nacimiento. Así, va hilando una pequeña novela en la que alternan las miradas de la protagonista –desde el tono de su infancia hasta el de su madurez–, su madre, su padre y sus hijos, a manera de construcción de una biografía familiar.

EL CAMAFEO

La hija de Galileo



Virginia nació el mismo año en que Giordano Bruno murió en la hoguera y cuando su padre, Galileo Galilei, se involucraba de lleno en el conflicto entre la Iglesia y el cielo. Por haber sido fruto de una relación no santificada –su padre y Marina, su madre, nunca se casaron–, Virginia estaba condenada a no participar de la vida mundana. A la tierna edad de trece años, ingresó junto con su hermana Livia en el convento de San Mateo de Arcetri.. Durante todo ese tiempo, la muchacha colaboró con las investigaciones de su padre mediante la relación epistolar, aun en las épocas de mayor enfrentamiento de Galileo con la Iglesia. Las cartas que su padre le enviara no han sido halladas, y se cree que fueron destruidas por la madre superiora del convento tras la muerte de María Celeste, pero las que ella escribió se conservan entre los mansucritos raros de la Biblioteca Nacional de Florencia.

SEÑORAS Y SEÑORAS

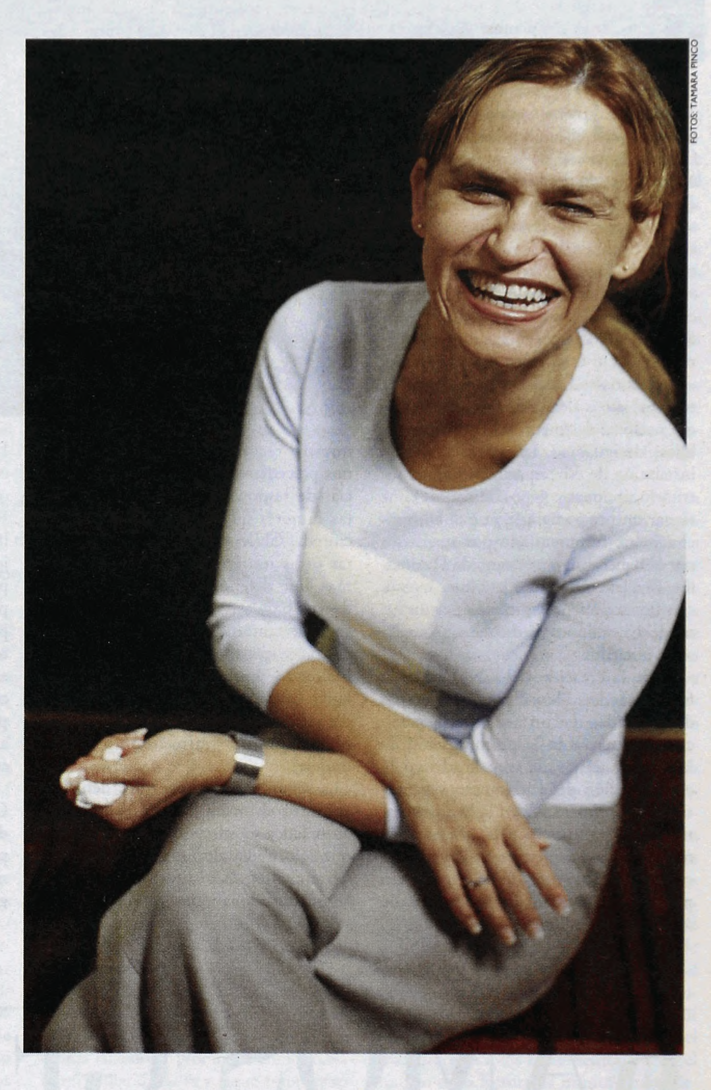
La nueva niña mimada



Lara St. John es la nueva niña mimada de la música clásica en Estados Unidos. Tuvo su primer contacto con el violín a los dos años, dio su primer concierto a los cuatro y se graduó en el Curtis Institute de Filadelfia a los 16. Luego de eso, decidió no seguir por el camino de los programas de graduados y se embarcó rumbo a Moscú, tras el cual inició su carrera profesional. Así surgió *Gipsy*, el álbum en cuya tapa los largos cabellos rubios de Lara y sólo una campera de cuero a medio poner tapaban sus pechos. En el siguiente disco, trabajos de Bach para violín, redobló la apuesta: el torso totalmente desnudo, y un violín dispuesto estratégicamente para no dejar ver más que la silueta iluminada tras persianas venecianas. El cd alcanzó un nivel de ventas inusitado para la música clásica, a pesar de la oposición de Tower a exponerlo en sus bateas.

La que agradó

POR **MOIRA SOTO**


FOTOS: TAMARA PINCO

Podía ser una actriz de 60 que acababa de recibir un premio por un personaje secundario, envenenada con la vida y con el arte, o una chica joven y egocéntrica sin otro tema de conversación que ella misma, o una obsesiva todo el tiempo pendiente de que el novio la llamara y que se autoconvencía de que él estaba muy ocupado para reconocer más adelante su locura total por él y su deseo de tenerlo encerrado para ella sola en una cajita...", enumera velozmente Antonia San Juan cuando se le pregunta por los personajes que hizo durante diez años en bares, escritos por Félix Sabroso, Enrique Gallego y ella misma. La treintañera que de la noche madrileña a la mañana almodovariana se volvió internacionalmente famosa por su memorable actuación en el film *Todo sobre mi madre*, había llegado a la capital desde Las Palmas –Islas Canarias– a los 19, y después de cuatro años de estudiar interpretación se dedicó de lleno al cabaret. Pese al suceso creciente, se resistió sistemáticamente a hacer castings o a mandar su foto a las productoras. Sobre el final de los 80 se detuvo tres años, enamorada hasta las uñas, para consagrarse a las delicias hogareñas. Pero la escena le tiraba y volvió a lo suyo, sin interrumpir el romance.

En esas fechas, Antonia San Juan ya era una monologuista de culto (Marisa Paredes era una de sus fans), a quien muchos le decían: "Ay, cuando te vea Almodóvar...". Y Almodóvar la vio, previa recomendación de su secretario. Le gustó, pero la encontraba "demasiado monja, Antonia". Y probó con travestis de la calle "que le daban el tipo pero no la actuación". Hasta que un día feliz, el director le dejó un mensaje en el contestador a la actriz diciéndole que el travesti Agrado era suyo. El resto es sabido: Antonia San Juan logró un impacto fulminante con su creación, y éste es el momento en que se la disputan directores y productores, el cine y la TV.

–Se ha hecho y se sigue haciendo en el espectáculo mucho humor que ridiculiza a la mujer, con chistes cargados de misoginia, ¿te propusiste quebrar esa tradición, que en tus monólogos no se inferiorizara a los personajes femeninos?

–Pues claro. Nunca quise hacer una burla burda, siempre se trató de textos que tenía que tamizar a través de mí, asumirlos. Y no podría haber aceptado nada que considerase misógino. De hecho, las mujeres que venían a verme advertían mi complicidad, muchas me decían "es lo que nos pasa a nosotras, tal cual". Claro, siempre desde un distanciamiento, de reír de lo que a una y a muchas nos pasaba. Todo con mucho respeto hacía mí misma, qué es respetar a las demás mujeres.

–Cuando empezaste con los monólogos en los bares ¿había ya otras actrices que hacían lo mismo dentro de ese registro satírico?

–Parecerá una fantasmada lo que voy a decir, pero yo creo que en España he sido una pionera de lo que los americanos llaman el stand-up. Lo que empecé a hacer en la noche madrileña fue una ruptura, es decir, una cosa muy peligrosa que si funcionaba, muy bien. Y si no, me iba de bruces. No me copié de nadie. Elegí esta forma porque no quería llegar con una maleta de trajes, ni tener que maquillarme. Era por pura vagancia de salir con un vaquero y una camiseta. Yo no sabía ponerme pestañas ni hacerme nada. Así fui quitando, quitando adornos ¿y qué me quedó?

–¿Una minimalista?

–Exacto, una minimalista por precariedad de recursos. Quedó el texto y yo misma. La palabra y subir al escenario. Así, podía hacer en una noche tres actuaciones en distintos lugares. Es decir: me lo guisaba y me lo comía yo misma.

UNA ACTRIZ ORGANICA

–¿En la época en que empezaste, entonces, todavía eran los cómicos los sujetos y las mujeres apenas el pie para sus gracias?

–Hombre, de hecho fíjate lo que me pasó a mí con Charly, el chico que trabajaba conmigo. A mí sólo me tocaba salir y hacer algo gracioso. El problema surgió cuando el público empezó a pedirme a mí. "Queremos que vengas tú sola", reclamaban. Eso nos llevó a separarnos porque la gente estaba yendo a ver a una que aparecía con el famoso.

–Aparte de tus estudios previos de teatro, ¿alguien te dirigió como actriz o te hizo la puesta en escena de tus actuaciones de cabaret?

–No, no: me aprendía muy bien el texto, lo memorizaba perfectamente y me abandonaba a la creación del personaje. La inspiración aparecía junto con el silencio del público, la emoción afloraba con el único requisito de que el texto estuviese como el Padrenuestro. Cuando el texto estaba aprendidísimo, se producía algo orgánico. Pero también se impregnaban los personajes de mi estado de ánimo del día.

Antonia San Juan **compuso al travesti Agrado en** Todo sobre mi madre **y desde entonces se ha hecho conocida en el mundo entero. Ya era una celebridad festejada en voz baja por eminencias españolas como** Marisa Paredes, **que la iba a ver en** sus monólogos **en los bares. San Juan hace** humor seco **y minimalista, sin maquillaje ni vestuario: en la tarima, quedan ella,** su voz y sus ocurrencias.



–En la larga etapa de los monólogos, ¿cuáles eran tus planes? ¿Salirte de esa forma de trabajar? ¿Soñabas quizás con Almodóvar como hado padrino?

–No, no, no. Yo vine a Madrid para ser actriz y lo había logrado, vivía de eso. No tenía que vender seguros por la mañana para sobrevivir. Con una pequeña economía, si quieres, pero mi oficio era subir diariamente a un escenario. Eso justificaba haberme venido de una tierra que me acogía, de una temperatura maravillosa, con un mar que me abrazaba, con una madre estupenda, con una familia que me adoraba, para llegar a un Madrid inhóspito, demasiado caluroso o demasiado frío, sola, a veces acompañada, con esa desolación que te produce un sitio donde no conoces a nadie. Estaba claro para mí en la época de los monólogos: tenía trabajo, repertorio, lo mío funcionaba con el público. Me daba igual que no me llamaran para hacer cine.

DEL CABARET AL PLATO

–¿Cómo hiciste el pasaje de trabajar de una forma tan individualista, de dueña total del circo, a hacer una peli con muchos personajes y bajo la conducción de un director que sabe lo que quiere? Esto, claro, además de pasar de una actividad artística marginal a un cine de primera línea e internacional.

–Mira, las cosas van teniendo su ritmo que hay que seguir, intentando, y en mi caso aderezarlas de cotidianidad para no asustarme. Tampoco se pasa de la tarima al plató de un día para otro. Se va llegando de a poquito: desde que Almodóvar me elige hasta que se presenta la película pasa un tiempo, sucede un proceso. Hay un año de transición donde te vas bebiendo un sorbito, otro sorbito, hasta que te tomas la taza entera y estás colocada. Pero nunca del todo, porque cuando llegas a Cannes y te está esperando la limusina, es de no creer. En cuanto a la adaptación, como buena geminiana, soy muy permeable y dúctil. Además de cocinármelo y comérmelo yo sola, puedo ser totalmente humilde de para dejarme llevar, porque tengo muy claro que la película es obra del director. Lo bueno es que Almodóvar es muy abierto y receptivo a las sugerencias, aunque tiene siempre la última palabra. Es verdad que para mí era una situación muy nueva en muchos sentidos. Hombre, que en la tarima yo era dueña de todos mis movimientos y en el cine todas son marcas: no tienes que hacer ciertos ruidos, no puedes salirte de campo, tienes que hablarle a la cámara como si fuera la otra actriz que a lo mejor te está dando la replica ahí al costado, en cuclillas... Ahora, en cuanto a la actuación misma, no hubo problemas porque yo estaba muy afinada.

–Sin desmerecer tu extraordinario rendimiento en *Todo sobre mi madre*, hay que reconocer que las mujeres –Carmen Maura, Vanessa Redgrave lo han probado en forma brillante– pueden hacer travestis o transexuales convincentes, pero se les hace cuesta arriba interpretar a un varón de pelo en pecho. ¿Te animarías a hacer un personaje masculino creíble, sin caricaturizarlo?

–Me creo capaz de hacer un hombre, de armar un personaje que camine, se siente, hable como un hombre. Claro, a lo mejor no me ayudan el tamaño de mis manos, mi cintura, la forma de mis caderas. Pero creo que con el vestuario apropiado lo lograría. Y mira lo que te digo, podría ser más creíble que la actuación de algunos hombres que han hecho de mujeres muy amaneradas. El trabajo de Dustin Hoffman en *Tootsie*, por ejemplo, no me convence. En cambio, me pareció genial Antonio Gasalla en *Esperando la carroza*. Hombre, sería maravilloso para mí hacer un personaje de hombre, ¿dónde hay que firmar? Me encantaría ese reto.

TRAEMOS ALGO NUEVO

–Desde tu propia experiencia, ¿te parece que las mujeres humoristas se diferencian en algún punto de los hombres que vienen haciéndolo con mucha ventaja de tiempo?

–Yo creo que las mujeres tenemos que apostarlo todo al humor. Todo lo nuestro, quiero decir. Llevamos en los genes lo que hemos hablado solas durante siglos. Entonces, todo ese mundo interior, todos esos sentimientos, todo lo que hemos observado, toda esa vida y esa historia jamás la van a tener los hombres. Eso es muy nuestro, nos pertenece a todas. Y las que hacemos humor como actrices, como escritoras o dibujantes, lo podemos desarrollar. Hombre, claro que podemos ofrecer algo diferente las mujeres. Las que yo conozco y yo misma, nos reímos todo el tiempo de nosotras mismas: cuando se nos quema la comida por conversar por teléfono, cuando nos quedamos horas viendo qué nos vamos a poner para salir con un nuevo novio... Esta mañana, con Mariola (Fuentes, actriz española que viajó a Buenos Aires con la delegación de su país) nos meamos de risa en la gimnasia mirándonos los defectos: "Mira qué cuerpo se nos está poniendo con la edad...". El hombre en general se lo toma todo muy en serio. Yo me río desde la mañana, me miro desnuda en el espejo con las greñas y me digo: pero si parezco de las cavernas... Desde lo mío, yo creo que hay cosas que las mujeres tenemos que combatir: esa idea de que lo femenino está sólo asociado a la regla, a tener hijos. A la edad en que pierdes la regla, se supone que dejas de ser mujer, mientras que un hombre gordo de 70, le ponen una niña de l8 y ya es todo un señor potente que se la liga... Es una mentira que las mujeres no deberíamos contribuir a potenciar. El humor puede poner en evidencia estas desigualdades: la realidad es que un señor de 70 es un abuelo y es patético con una niña de l8. Por otra parte, yo pienso que una mujer de 40, 45 –que es el momento en que la mayoría de las actrices dejan de conseguir papeles importantes– está en su momento de mayor plenitud, ha aprendido muchas cosas, se ha relajado, tiene su independencia económica, y en la cama ya lo sabe todo...

–Aparte de los trabajos que te esperan en el cine, ¿vas a seguir explorando en el campo del humor?

–Claro que voy a seguir, como actriz y escribiendo, porque soy muy inquieta y porque creo que las mujeres tenemos que hacer una ruptura con toda la tradición masculina del humor, y mostrar que traemos algo nuevo y lo podemos hacer por nuestra cuenta. Porque tenemos todas las capacidades, sobre todo la de recuperarnos, rehacernos para seguir caminando para adelante. Esto se ve en la película de Almodóvar: a todas se les va quitando una piel y aparece otra. Con más dolor, con menos dolor. Pero no se quedan en el dolor. Hay un compromiso muy fuerte con la vida de las mujeres, aun en las peores situaciones●

SOCIEDAD

Varias veces a la semana hacen
los penales y ver a sus maridos.
las jerarquías de adentro: las m
o los violadores tienen menos
los ladrones, especialmente las
antigua", los que no disparaban
Las lealtades entre estas mujer
prueba de espera, de distancia

Libertad condiciona

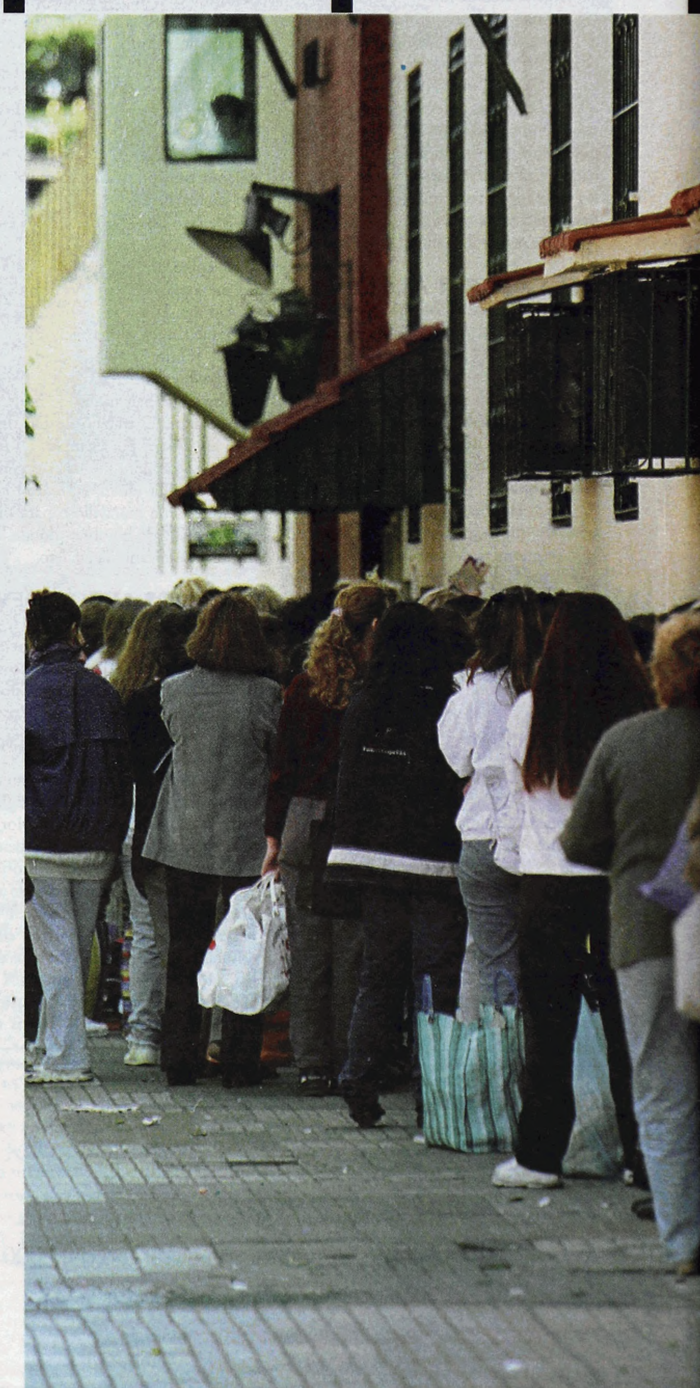
POR MARTA DILLON

Cerca del mediodía, el letargo de la espera se empieza a transformar en un rumor como de espadas que se chocan. Entran y salen de su estuche rímeles, sombras, lápices de labios. Las manos se agitan para que se seque el esmalte; en el baño de los bares de la cuadra se forman filas que caracolean entre las mesas, se limpian con el dorso de la mano los mocos de los niños. Las que primero cruzan la calle están cambiadas: además de las boquitas pintadas se han quitado las polleras cortas, los pantalones ajustados y los zapatos con plataforma. Después de haber esperado toda la mañana para que se abriera la ventanilla en la que se entregan los números para entrar a la visita, las mujeres ya están listas para ingresar en el largo circuito que, una vez pasado el portón de hierro de la cárcel de Devoto, las dejará encontrarse con sus maridos. Ellos están presos; ellas, también, aunque al final de la visita el mismo portón las vomite hacia la calle otra vez transformadas: "Es que vos nos ves así, arregladitas, pero adentro, adentro están los lobos", dice Silvia y se ríe a carcajadas, con el coro de una decena de mujeres que saben de qué habla.

"Estamos presas por amor. Por habernos enamorado de hombres que cometieron un error y ahora tienen que pagarlo. Acá en la *tumba* no hay inocentes, alguna te va a decir que su marido no hizo nada. Y lo mejor es no preguntar, porque cada uno sabe y de lo que se sabe no se habla. Pero hayan hecho lo que hayan hecho no los podés dejar tirados. Eso no se hace". Es Mónica la que habla, sin apellidos, sin señas particulares. Cree que cualquier dato podría identificar a su marido y no quiere que eso suceda. Es una de las reglas de oro entre estas mujeres, una que en realidad son varias en la que se repite la misma constante: el silencio. Aunque no es del todo verdad lo que dice Mónica, las reglas de la cárcel son estrictas de uno y otro lado del muro y todo el mundo sabe que no es lo mismo un delito que otro. "Soy ladrón, pero no asesino", se reivindicó Héctor "La Garza" Sosa en su alegato final durante el juicio oral que se le sigue –junto a otros reos– por el asalto a un camión blindado. Y en esa frase él develó una identidad que es también una jerarquía. "Acá no queremos saber qué delitos cometieron aunque al final se sabe. Porque no es lo mismo la mujer de un ladrón que la mujer de un narco. La mujer de un narco no tiene derechos. Y ni hablar de la mujer de un violador". Andrea, que a los 27 lleva una vida entera "pateando penales" –primero visitando a su papá y más tarde a su marido– odia a los narcos, "porque un narco hace guita con tu vida, te va matando lentamente. Un ladrón te mata sólo en defensa propia, y no a la gente, en todo caso a la policía. Bueno, a no ser que sea tu vida o la del otro. Pero, si mi marido mató a alguien, no lo quiero saber".

Es difícil adivinar la edad de estas mujeres que se agrupan en la vereda y en los bares a lo largo de las dos cuadras del penal sobre la calleBermúdez, en Devoto. Si la cárcel no se levantara enfrente como una sombra que todo lo cubre y lo tiñe a su imagen, sería imposible definir cuál es el vínculo entre ellas. Hay una afinidad en el lenguaje, es cierto, tal vez en la forma en que se visten una vez que empiezan a formar la primera de las colas que se exigen frente a cada una de las siete rejas que hay que atravesar antes de llegar a la requisa que finalmente les franqueará el paso hacia el patio de visitas. Muchas se uniforman para entrar. Son tantas y tan arbitrarias las restricciones que impone el Servicio Penitenciario al vestuario de las visitas que ellas optan por usar siempre lo mismo. No importa que una pollera hasta los tobillos tenga un tajo de sólo 20 centímetros, para entrar hay que coserlo; tampoco que las remeras alcancen a cubrir la cintura, para entrar tienen que tapar por completo la cola. Así las listas son interminables, están prohibidas las plataformas, las botas, los borceguíes o botines, la ropa interior con encaje, las camisas grises o negras, las polleras portafolio o con botones etc., etc. Pero algo más que la ropa iguala a estas mujeres de tan distintas edades e incluso clases sociales, una resignación que ha enterrado el duelo original en algún pliegue del tiempo, en una de esas arrugas iguales a las otras que forman este diseño de la rutina de ir de visita a un penal. Aunque en algunas caras sea fácil leer que ese duelo acaba de hincar su diente en las visitas nuevas, esas que tienen la lágrima fácil y llegan a la madrugada a las puertas del penal porque todavía no saben de qué se trata la organización entre las mujeres.

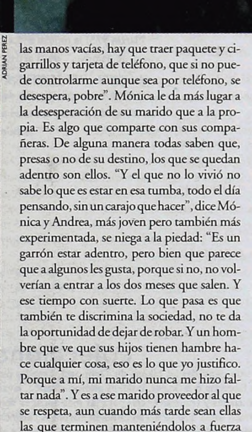
"Nunca te acostumbrás a venir. La que dice eso es una tonta. Venís, sí, es tu vida a veces por muchos años. Pero siempre estás esperando que se termine, que salgan, que los chicos no tengan que venir más. Porque es muy duro estar acá. Por un lado todos te ven como si la delincuente fueras vos. Y por otro hay que hacerse el tiempo para venir. Mi marido tiene tres visitas por semana y hace cuatro años que vengo a las tres. Trabajo de noche en un hotel, tengo dos pibes, vivo en Ramos Mejía. Algunas veces tengo que venir caminando desde Liniers para ahorrar el pasaje, porque acá no podés venir siempre con



SOCIEDAD

Libertad condicionada

Varias veces a la semana hacen cola para entrar en los penales y ver a sus maridos. Entre ellas se reproducen las jerarquías de adentro: las mujeres de los narcos o los violadores tienen menos derechos que las de los ladrones, especialmente las de los "ladrones a la antigua", los que no disparaban ni robaban a pobres. Las lealtades entre estas mujeres y sus hombres son a prueba de espera, de distancia y de tiempo.



ADRIAN PEREZ

POR MARTA DILLON

Cerca del mediodía, el letargo de la espera se empieza a transformar en un rumor como de espadas que se chocan. Entran y salen de su estuche rímeles, sombras, lápices de labios. Las manos se agitan para que se seque el esmalte; en el baño de los bares de la cuadra se forman filas que caracolean entre las mesas, se limpian con el dorso de la mano los mocos de los niños. Las que primero cruzan la calle están cambiadas: además de las boquitas pintadas se han quitado las polleras cortas, los pantalones ajustados y los zapatos con plataforma. Después de haber esperado toda la mañana para que se abriera la ventanilla en la que se entregan los números para entrar a la visita, las mujeres ya están listas para ingresar en el largo circuito que, una vez pasado el portón de hierro de la cárcel de Devoto, las dejará encontrarse con sus maridos. Ellos están presos; ellas, también, aunque al final de la visita el mismo portón las vomite hacia la calle otra vez transformadas: "Es que vos nos ves así, arregladitas, pero adentro, adentro están los lobos", dice Silvia y se ríe a carcajadas, con el coro de una decena de mujeres que saben de qué habla.

"Estamos presas por amor. Por habernos enamorado de hombres que cometieron un error y ahora tienen que pagarlo. Acá en la *tumba* no hay inocentes, alguna te va a decir que su marido no hizo nada. Y lo mejor es no preguntar, porque cada uno sabe y de lo que se sabe no se habla. Pero hayan hecho lo que hayan hecho no los podés dejar tirados. Eso no se hace". Es Mónica la que habla, sin apellidos, sin señas particulares. Cree que cualquier dato podría identificar a su marido y no quiere que eso suceda. Es una de las reglas de oro entre estas mujeres, una que en realidad son varias en la que se repite la misma constante: el silencio. Aunque no es del todo verdad lo que dice Mónica, las reglas de la cárcel son estrictas de uno y otro lado del muro y todo el mundo sabe que no es lo mismo un delito que otro. "Soy ladrón, pero no asesino", se reivindicó Héctor "La Garza" Sosa en su alegato final durante el juicio oral que se le sigue –junto a otros reos– por el asalto a un camión blindado. Y en esa frase él develó una identidad que es también una jerarquía. "Acá no queremos saber qué delitos cometieron aunque al final se sabe. Porque no es lo mismo la mujer de un ladrón que la mujer de un narco. La mujer de un narco no tiene derechos. Y ni hablar de la mujer de un violador". Andrea, que a los 27 lleva una vida entera "pateando penales" –primero visitando a su papá y más tarde a su marido– odia a los narcos, "porque un narco hace guita con tu vida, te va matando lentamente. Un ladrón te mata sólo en defensa propia, y no a la gente, en todo caso a la policía. Bueno, a no ser que sea tu vida o la del otro. Pero, si mi marido mató a alguien, no lo quiero saber".

Es difícil adivinar la edad de estas mujeres que se agrupan en la vereda y en los bares a lo largo de las dos cuadras del penal sobre la calleBermúdez, en Devoto. Si la cárcel no se levantara enfrente como una sombra que todo lo cubre y lo tiñe a su imagen, sería imposible definir cuál es el vínculo entre ellas. Hay una afinidad en el lenguaje, es cierto, tal vez en la forma en que se visten una vez que empiezan a formar la primera de las colas que se exigen frente a cada una de las siete rejas que hay que atravesar antes de llegar a la requisa que finalmente les franqueará el paso hacia el patio de visitas. Muchas se uniforman para entrar. Son tantas y tan arbitrarias las restricciones que impone el Servicio Penitenciario al vestuario de las visitas que ellas optan por usar siempre lo mismo. No importa que una pollera hasta los tobillos tenga un tajo de sólo 20 centímetros, para entrar hay que coserlo; tampoco que las remeras alcancen a cubrir la cintura, para entrar tienen que tapar por completo la cola. Así las listas son interminables, están prohibidas las plataformas, las botas, los borceguíes o botines, la ropa interior con encaje, las camisas grises o negras, las polleras portafolio o con botones etc., etc. Pero algo más que la ropa iguala a estas mujeres de tan distintas edades e incluso clases sociales, una resignación que ha enterrado el duelo original en algún pliegue del tiempo, en una de esas arrugas iguales a las otras que forman este diseño de la rutina de ir de visita a un penal. Aunque en algunas caras sea fácil leer que ese duelo acaba de hincar su diente en las visitas nuevas, esas que tienen la lágrima fácil y llegan a la madrugada a las puertas del penal porque todavía no saben de qué se trata la organización entre las mujeres.

"Nunca te acostumbrás a venir. La que dice eso es una tonta. Venís, sí, es tu vida a veces por muchos años. Pero siempre estás esperando que se termine, que salgan, que los chicos no tengan que venir más. Porque es muy duro estar acá. Por un lado todos te ven como si la delincuente fueras vos. Y por otro hay que hacerse el tiempo para venir. Mi marido tiene tres visitas por semana y hace cuatro años que vengo a las tres. Trabajo de noche en un hotel, tengo dos pibes, vivo en Ramos Mejía. Algunas veces tengo que venir caminando desde Liniers para ahorrar el pasaje, porque acá no podés venir siempre con



las manos vacías, hay que traer paquete y cigarrillos y tarjeta de teléfono, que si no puede controlarme aunque sea por teléfono, se desespera, pobre". Mónica le da más lugar a la desesperación de su marido que a la propia. Es algo que comparte con sus compañeras. De alguna manera todas saben que, presas o no de su destino, los que se quedan adentro son ellos. "Y el que no lo vivió no sabe lo que es estar en esa tumba, todo el día pensando, sin un carajo que hacer", dice Mónica y Andrea, más joven pero también más experimentada, se niega a la piedad: "Es un garrón estar adentro, pero bien que parece que a algunos les gusta, porque si no, no volverían a entrar a los dos meses que salen. Y ese tiempo con suerte. Lo que pasa es que también te discrimina la sociedad, no te da la oportunidad de dejar de robar. Y un hombre que ve que sus hijos tienen hambre hace cualquier cosa, eso es lo que yo justifico. Porque a mí, mi marido nunca me hizo faltar nada". Y es a ese marido proveedor al que se respeta, aun cuando más tarde sean ellas las que terminen manteniéndolos a fuerza de trabajos informales que se enuncian para diferenciarse de sus maridos y para "demostrarles que se puede vivir sin robar", como dice María Inés, 40, vendedora de ropa y con cinco años de antigüedad en la visita.

"Estamos presas por amor. Por habernos enamorado de hombres que cometieron un error y ahora tienen que pagarlo. Acá en la *tumba* no hay inocentes, alguna te va a decir que su marido no hizo nada. Y lo mejor es no preguntar, porque cada uno sabe y de lo que se sabe no se habla. Pero hayan hecho lo que hayan hecho no los podés dejar tirados. Eso no se hace"

FIDELIDAD Y CONSTANCIA

"No me maten por favor, que tengo esposa y un pibe de dos años", gritaba a las cámaras uno de los últimos presos recapturados después de la espectacular fuga del penal de Chimbas, en San Juan, la semana pasada. Y con esas palabras hacía visible a su familia. Esa familia que se convierte en rehén en cada conflicto, en cada huelga de hambre, en cada motín que se organiza para denunciar lo que todo el mundo sabe a pesar de la indiferencia oficial: las pésimas condiciones en que se vive en cada penal del país. El hacinamiento, la falta de recursos y la violencia institucional y entre los internos obliga a los familiares de los presos –mujeres en un 90 por ciento– a exponerse como garantes de la vida de sus seres queridos. De la misma manera que los detenidos los nombran, cada vez que pueden, como la prenda de sus juramentos –. Cardozo, otro miembro de la superbanda, juró su inocencia en nombre de sus ocho hijos–. Y es que a pesar de que los detenidos vivan de la transgresión de la ley, tienen otras, férreas y tradicionales, que ponen a la familia en primer término. Dentro de los penales a las mujeres se las trata de usted y siempre de señoras. A ningún preso se le ocurre mirar ni siquiera de reojo a la mujer de un compañero y, si por algún equívoco eso llegara a suceder, el conflicto podría llegar a causar la muerte del mirón.

"El problema es que muchas cosas cambiaron con el hambre y con las drogas –dice María Inés–, antes era impensable que los presos aprovecharan la visita para protestar. Ahora capaz que te dejan adentro como un rehén, aunque te pregunten, para mí es una falta de respeto". Aunque ella no lo diga, su marido es un "señor ladrón"; sus compañeras lo saben y la respetan de esa manera. Un señor que sabe del delito a la antigua, que nunca dispararía contra un civil y que no sale a robar "a los pobres". De esos quedan pocos, dicen las mujeres con más experiencia, y es que ahora "tenés jefes de banda que son pibes, y los pibes no tienen principios". Por eso la edad es también motivo de respeto, entre los hombres y entre las visitas. A ninguna señora que pinte canas se la obliga a respetar el orden de las filas, simplemente se le hace un lugar adelante, entre las privilegiadas que ganaron esa condición a fuerza de constancia.

"Acá todas pagamos derecho de piso. Según cuánto tiempo hace que venís es el número que te va a tocar en la entrada, no importa a qué hora llegues", dicen las más antiguas y las más fieles. Porque el orden de antigüedad se respeta sólo si está acompañado del sacrificio de venir a cada visita. Y las recién llegadas son las que más sufren esta jerarquía. Muchas llegan a la madrugada para formar la cola frente a la ventanilla del penal que habilita la entrada. Algunas hasta pasan la noche a la intemperie para que el tedioso camino hacia el patio no les quite ese precioso tiempo que van a compartir con su marido. Pero en cuanto la ventanilla se abre, cerca de las once de la mañana, un grupo de entre veinte y treinta mujeres se coloca adelante, donde les corresponde según su propia ley no escrita, por antigüedad. Entonces los empujones y hasta los golpes de puño son lugares comunes entre ellas. "No es que sea lindo pelearse, pero hay que hacerse respetar. Las nuevas tienen que entender que no te podés pasar cinco años haciendo la cola desde las seis de la mañana", dice María Inés siguiendo su propia lógica.

Desde el portón de entrada de la cárcel hasta el patio hay un circuito que toma casi una hora pasar y que se hace más lento a medida que las visitas se van quedando atrás en la cola. La lentitud de la requisa que desarma cada paquete de yerba, harina, fideos o cualquier otra cosa que les sirva a los internos para cocinar y no depender de los dudosos guisos que ofrece el Servicio Penitenciario, la extrema morosidad con que obligan a las mujeres a desvestirse en cabinas individuales frente a la mirada de las guardias hacen que el tiempo de la visita se acorte ya que nada lo prolongará después de las cinco de la tarde, aun cuando se haya llegado al patio cerca de las cuatro. Ese reloj de arena que se da vuelta a las dos, obliga a las mujeres a correr de una reja a otra, a empujarse y pelearse sin jamás delatar estos inconvenientes a sus maridos. "Porque si tenés una causa –sinónimo de problema– afuera no la podés llevar adentro, porque entre los maridos puede correr sangre". El honor de una mujer, en la cárcel, se paga con la vida. Son ellas, las mujeres, las que arrastran hasta las catacumbas del penal, el rumor de la calle. Llevan noticias de la familia, los cuadernos de los chicos, facturitas para el mate y, sobre todo, las delicias que prometen sus cuerpos para esos hombres que viven entre hombres. durmiendo de a cuatro en celdas de dos. El sexo para estas parejas es como la soga que por un instante les permite huir de la realidad de vivir separados y alienados de todo. Para eso se arman las "carpas", esas estructuras de frazadas atadas con hilo, colgadas de los arcos de fútbol, sostenidas por palos de escoba, amarradas a las paredes. Dentro los cuerpos se funden por fugaces instantes en los que las mujeres apenas gozan. "Es por ellos más que todo", dice Silvia, "y no siempre lo hacemos. Pero es la forma de tener nuestra intimidad, de seguir siendo marido y mujer. Todos saben para qué son las carpas y ahora hasta se pueden entrar forros", dice y así justifica toda esa parafernalia de maquillaje y arreglo que ellos, "los lobos", desarmarán a conciencia antes de que el portón expulse a estas mujeres a una rutina circular que las deja vivir un rato afuera y otro adentro de lo que internos y visitas llaman la *tumba*●

cola para entrar en
Entre ellas se reproducen
ujeres de los narcos
erechos que las de
de los "ladrones a la
ni robaban a pobres.
es y sus hombres son a
y de tiempo.

da



ADRIAN PEREZ

las manos vacías, hay que traer paquete y cigarrillos y tarjeta de teléfono, que si no puede controlarme aunque sea por teléfono, se desespera, pobre". Mónica le da más lugar a la desesperación de su marido que a la propia. Es algo que comparte con sus compañeras. De alguna manera todas saben que, presas o no de su destino, los que se quedan adentro son ellos. "Y el que no lo vivió no sabe lo que es estar en esa tumba, todo el día pensando, sin un carajo que hacer", dice Mónica y Andrea, más joven pero también más experimentada, se niega a la piedad: "Es un garrón estar adentro, pero bien que parece que a algunos les gusta, porque si no, no volverían a entrar a los dos meses que salen. Y ese tiempo con suerte. Lo que pasa es que también te discrimina la sociedad, no te da la oportunidad de dejar de robar. Y un hombre que ve que sus hijos tienen hambre hace cualquier cosa, eso es lo que yo justifico. Porque a mí, mi marido nunca me hizo faltar nada". Y es a ese marido proveedor al que se respeta, aun cuando más tarde sean ellas las que terminen manteniéndolos a fuerza de trabajos informales que se enuncian para diferenciarse de sus maridos y para "demostrarles que se puede vivir sin robar", como dice María Inés, 40, vendedora de ropa y con cinco años de antigüedad en la visita.

FIDELIDAD Y CONSTANCIA

"No me maten por favor, que tengo esposa y un pibe de dos años", gritaba a las cámaras uno de los últimos presos recapturados después de la espectacular fuga del penal de Chimbas, en San Juan, la semana pasada. Y con esas palabras hacía visible a su familia. Esa familia que se convierte en rehén en cada conflicto, en cada huelga de hambre, en cada motín que se organiza para denunciar lo que todo el mundo sabe a pesar de la indiferencia oficial: las pésimas condiciones en que se vive en cada penal del país. El hacinamiento, la falta de recursos y la violencia institucional y entre los internos obliga a los familiares de los presos –mujeres en un 90 por ciento– a exponerse como garantes de la vida de sus seres queridos. De la misma manera que los detenidos los nombran, cada vez que pueden, como la prenda de sus juramentos –. Cardozo, otro miembro de la superbanda, juró su inocencia en nombre de sus ocho hijos–. Y es que a pesar de que los detenidos vivan de la transgresión de la ley, tienen otras, férreas y tradicionales, que ponen a la familia en primer término. Dentro de los penales a las mujeres se las trata de usted y siempre de señoras. A ningún preso se le ocurre mirar ni siquiera de reojo a la mujer de un compañero y, si por algún equívoco eso llegara a suceder, el conflicto podría llegar a causar la muerte del mirón.

"El problema es que muchas cosas cambiaron con el hambre y con las drogas –dice María Inés–, antes era impensable que los presos aprovecharan la visita para protestar. Ahora capaz que te dejan adentro como un rehén, aunque te pregunten, para mí es una falta de respeto". Aunque ella no lo diga, su marido es un "señor ladrón"; sus compañeras lo saben y la respetan de esa manera. Un señor que sabe del delito a la antigua, que nunca dispararía contra un civil y que no sale a robar "a los pobres". De esos quedan pocos, dicen las mujeres con más experiencia, y es que ahora "tenés jefes de banda que son pibes, y los pibes no tienen principios". Por eso la edad es también motivo de respeto, entre los hombres y entre las visitas. A ninguna señora que pinte canas se la obliga a respetar el orden de las filas, simplemente se le hace un lugar adelante, entre las privilegiadas que ganaron esa condición a fuerza de constancia.

"Acá todas pagamos derecho de piso. Según cuánto tiempo hace que venís es el número que te va a tocar en la entrada, no importa a qué hora llegues", dicen las más antiguas y las más fieles. Porque el orden de antigüedad se respeta sólo si está acompañado del sacrificio de venir a cada visita. Y las recién llegadas son las que más sufren esta jerarquía. Muchas llegan a la madrugada para formar la cola frente a la ventanilla del penal que habilita la entrada. Algunas hasta pasan la noche a la intemperie para que el tedioso camino hacia el patio no les quite ese precioso tiempo que van a compartir con su marido. Pero en cuanto la ventanilla se abre, cerca de las once de la mañana, un grupo de entre veinte y treinta mujeres se coloca adelante, donde les corresponde según su propia ley no escrita, por antigüedad. Entonces los empujones y hasta los golpes de puño son lugares comunes entre ellas. "No es que sea lindo pelearse, pero hay que hacerse respetar. Las nuevas tienen que entender que no te podés pasar cinco años haciendo la cola desde las seis de la mañana", dice María Inés siguiendo su propia lógica.

Desde el portón de entrada de la cárcel hasta el patio hay un circuito que toma casi una hora pasar y que se hace más lento a medida que las visitas se van quedando atrás en la cola. La lentitud de la requisa que desarma cada paquete de yerba, harina, fideos o cualquier otra cosa que les sirva a los internos para cocinar y no depender de los dudosos guisos que ofrece el Servicio Penitenciario, la extrema morosidad con que obligan a las mujeres a desvestirse en cabinas individuales frente a la mirada de las guardias hacen que el tiempo de la visita se acorte ya que nada lo prolongará después de las cinco de la tarde, aun cuando se haya llegado al patio cerca de las cuatro. Ese reloj de arena que se da vuelta a las dos, obliga a las mujeres a correr de una reja a otra, a empujarse y pelearse sin jamás delatar estos inconvenientes a sus maridos. "Porque si tenés una causa –sinónimo de problema– afuera no la podés llevar adentro, porque entre los maridos puede correr sangre". El honor de una mujer, en la cárcel, se paga con la vida. Son ellas, las mujeres, las que arrastran hasta las catacumbas del penal, el rumor de la calle. Llevan noticias de la familia, los cuadernos de los chicos, facturitas para el mate y, sobre todo, las delicias que prometen sus cuerpos para esos hombres que viven entre hombres, durmiendo de a cuatro en celdas de dos. El sexo para estas parejas es como la soga que por un instante les permite huir de la realidad de vivir separados y alienados de todo. Para eso se arman las "carpas", esas estructuras de frazadas atadas con hilo, colgadas de los arcos de fútbol, sostenidas por palos de escoba, amarradas a las paredes. Dentro los cuerpos se funden por fugaces instantes en los que las mujeres apenas gozan. "Es por ellos más que todo", dice Silvia, "y no siempre lo hacemos. Pero es la forma de tener nuestra intimidad, de seguir siendo marido y mujer. Todos saben para qué son las carpas y ahora hasta se pueden entrar forros", dice y así justifica toda esa parafernalia de maquillaje y arreglo que ellos, "los lobos", desarmarán a conciencia antes de que el portón expulse a estas mujeres a una rutina circular que las deja vivir un rato afuera y otro adentro de lo que internos y visitas llaman la *tumba*.

"Estamos presas por amor. Por habernos enamorado de hombres que cometieron un error y ahora tienen que pagarlo. Acá en la *tumba* no hay inocentes, alguna te va a decir que su marido no hizo nada. Y lo mejor es no preguntar, porque cada uno sabe y de lo que se sabe no se habla. Pero hayan hecho lo que hayan hecho no los podés dejar tirados. Eso no se hace"





tendencias

Una versión brillante y otra más natural para el mismo look intenso. Es la propuesta de la línea de maquillaje Dorothy Gray que renovó para el verano su carpeta de colores. Labiales en tonos de lila a fucsia, esmaltes al tono, rubores para utilizar sobre el bronceado y delineadores automáticos a precios que nunca exceden los 15$. Todos los maquillajes llevan vitamina E, la estrella de los antioxidantes.



champaña apta para festejos

Para agregar una nota de elegancia al fin de año, la línea de champañas Mumm lanzó al mercado su Mumm 2000, una edición limitada de su nuevo bivarietal (elaborada a partir del corte de los vinos Chardonnay y Pinot Noir) presentada en un sobrio estuche negro. Son 80.000 botellas numeradas que pueden encontrarse en sus dos presentaciones de 750 ml y 1500 ml en supermercados y vinotecas.

chicos y grandes

"Las vueltas de la vida" es un espectáculo de títeres creado para adultos que puede ser disfrutado también por niños de más de 9. Es una historia urbana de dos hombres que ven girar una calesita en la que alguna vez jugaron juntos. Domingos, 19.30, Ciudad de la Paz 1972.

para reflexionar

La culpa de la madre que trabaja, el manejo del dinero, la profesión enfrentada a la maternidad y las mujeres que "pierden dinero por ganar amor" son algunos de los item propuestos por el taller "Mujer y trabajo" que coordinarán las psicólogas Silvia Azpillaga y Paulina Delmonte. Está abierta la inscripción y se contempla un cupo de becas para las interesadas. Informes: 4374-6966 o 4611-3838.

homenajes

A partir del martes 16 se puede ver en el espacio de arte de Filo (San Martín 975) la muestra "La cautiva, vuelo de palomas", de la artista plástica Zulema Maza. En esta exposición presenta su propia versión de distintas obras de artistas famosos a modo de homenaje.



jugar y crear

En el restaurant Paf –pan, amor y fantasía–, cada domingo de 13 a 16, los chicos mayores de 3 años pueden disfrutar de un almuerzo infantil -sólo 6 pesos– y poner las manos en la masa en el taller de ídem que organizan Fernando y Paulina Katz y la profesora Patty White. Poniendo en juego los elementos de la plástica los chicos pueden modelar una masa hecha de sal y harina combinada con distintos materiales como piedras o metales. Las pequeñas esculturas se hornean y son un recuerdo que se podrán llevar al final de la tarde.



colecciones

Para mujeres de 16 a 35 ha sido pensadas las bikinis de Tempoest, creadas por el francés Robert Sontag. Texturas labradas o jackards, colores plenos –blanco, lavanda, bordeaux, uva y gris–, telas gamuzadas y transparencias para las más audaces son las propuestas para esta temporada en la que se verán también corpiños retorcidos, bandeau y armados. Sólo para jóvenes en cuerpo y alma.



variedades varietales

El grupo Pernaud Ricard, responsable de los vinos Etchart, presentó sus nuevos varietales a un precio muy accesible (desde 4 pesos) y con calidad de exportación. Los expertos recomiendan usar el chardonnay para acompañar pescados y mariscos, el merlot para aves y tortillas y el malbec, ideal para carnes asadas y pastas.

sabores

La empresa Cbsé, la primera en combinar la clásica yerba mate con hierbas aromáticas y otros distintos sabores –pomelo, naranja y café–, acaba de lanzar un nuevo producto: la yerba endulzada. Ideal para quienes, hartos de salir de pic-nic con la azucarera, no quieran resignarse a tomar el mate amargo. Eso sí, no es dietética.



concurso

Con el tema "Como imaginan los jóvenes el nuevo milenio" la firma Levi's sigue recibiendo trabajos hasta el 30 de noviembre para el concurso latinoamericano de tarjetas animadas en Internet. Los mejores diseños serán impresos en remeras que, vendidas en los locales argentinos, dejarán 3 pesos de su importe a Nómade, un grupo de artistas dedicado a trabajar el arte en favor de la educación. El jurado estará integrado por personalidades de distintos países de América latina. El periodista Juan Castro es el elegido para representar a nuestro país. Computadoras y becas para estudiar inglés y arte digital en la Universidad de Columbia, son los principales premios.



Jardines de cemento

POR VICTORIA LESCANO

La fosa de un taller convertida en hábitat de totoras, repollitos de agua, nenúfares y peces de hojalata, sapos que escupen agua montados a baldes de lata, una extensa variedad de orquídeas, cactus y suculentas, enanitos de jardín que tocan tambores, fetiches de cemento, paredes de adobe y como banda sonora el agua es la fórmula que rige al vivero Madre Tierra, situado en Gorriti al 4955. La puesta en escena y buena parte de la colección de tortugas, macetas, aves y mesas de cemento con improntas vegetales que comparten cartel con las extrañas variedades de plantas corresponde al escultor Juan Calcarami.

Su currículum de rarezas incluye mesas-tótem en cemento con aditivos de vidrio y una colección de gallos que a principios de los noventa desarrolló para la firma La Compañía, luego marcó tendencias en decoración con la Age of Communication, una disco con biblioteca incluida inspirada en un centro cultural holandés que pregonó el glamour de la pobreza valiéndose de despojos del cotolengo, tiendas de compraventa y basura convertida en objetos de arte.

Recursos a los que seguramente Juan nunca hubiera recurrido en sus días de estudiante de colegio inglés que planeaba ser diplomático, cuando se producía con medias de seda, trajes a medida y zapatos de Magoo Pesy para seducir en Mau Mau, aunque más coherentes con la estética hippie que incorporó al instalarse en Holanda. Corrían los setenta, él cambió el personaje de bon vivant por el extirpador de vísceras en un frigorífico de Amsterdam –una faena que hoy se puede comparar con su ritual de escarbar en la naturaleza–. Luego empacó tabaco y también se desempeñó como chef de cocina naturista en un centro de meditación donde recalaron Allen Ginsberg y la modelo Verushka.

Allí también tuvo un restaurante con manteles distintos entre sí y tapices hindúes donde hubo comensales devotos de la psicodelia como Richard Alpert, famoso por haber depositado en manos de un gurú de la India una pócima de cientos de ácidos, hasta que cambió el mundo gourmandise por la danza experimental e ingresó a la compañía de baile de Graciela Martínez, donde entre otros roles hizo de mujer embarazada. De regreso en Buenos Aires, en los ochenta se radicó en una quinta de Brandsen donde se filmaron cortos de moda de habitués del bar Bolivia.

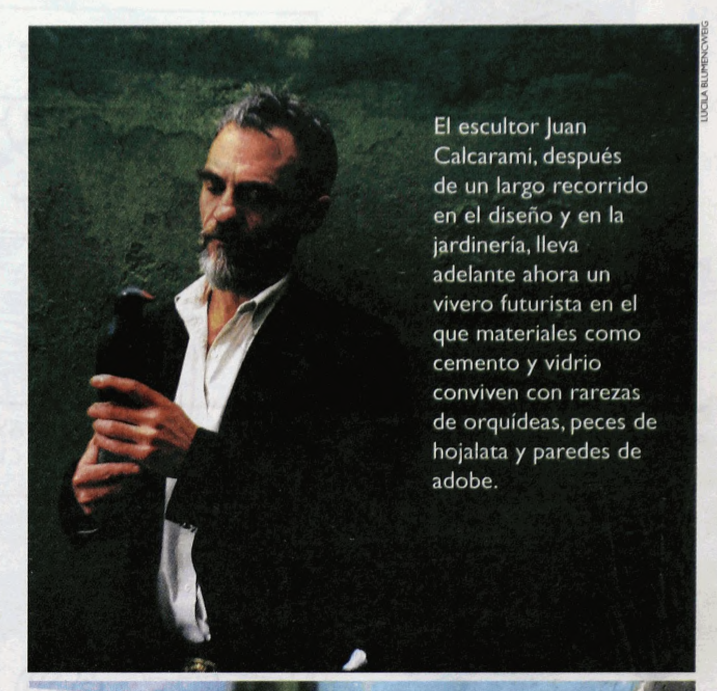
Hoy, radicado en una casita de barro con vista al monte Champaquí, en Córdoba, Juan desarrolla sus fetiches de cemento y vegetales. La colección se llama *Producciones sin tiempo* porque Calcarami se rige por el calendario de los mayas y ahora adhiere a los postulados del gurú Terence Mc Keene, autor de *El renacimiento arcaico*, quien destaca a Sudamérica como nuevo punto energético. "Para él en el 2012 empieza el quinto sol cuyo color es el verde y de ahí la importancia que está tomando un nuevo estilo de vida más conectado con la naturaleza", cuenta mientras inicia una visita guiada entre los animales de cemento con que rinde tributo a los cisnes del arte popular y una variedad de macetas con agujeros diseñados para acompañar las raíces aéreas de las orquídeas.

Además de plantas exóticas, gramíneas y derivados que hasta hace poco se consideraban yuyos que arruinaban la geografía de los jardines, Madre Tierra ofrece cincuenta variedades de orquídeas, cotizadas entre 15 y 90 pesos, seleccionadas por el ojo experto de Federico Rocha.

"Antes sólo se usaban como flor de corte y se destinaba como souvenir de cumpleaños de quince, tocados de novias, y la especie catleia, de color blanco, era de rigor en las coronas de muertos ofrendadas por algunos excéntricos. Cada vez hay más gente que las cultiva en sus casas al lado de una ventana, sólo tienen que controlar que tenga luz de mañana y una adecuada combinación de humedad y temperatura. Por lo general aconsejo a quienes se inician en el tema que no lo hagan con variedades extranjeras porque necesitan de un tiempo de adaptación extra y los puede poner en problemas", cuenta Rocha, quien suele visitar centros especializados en esas flores de Miami y California y otros puntos cosmopolitas con la misma devoción que otros aplican a colecciones de museos. "Es la flor más maravillosa y atractiva, existen 25.000 variedades entre las que crecen a tres mil metros de altura y las subterráneas", agrega para fundamentar el fanatismo que comparte con orquideófilos de la Casas del Chaco y Misiones y el Jardín Japonés.

También hace diseños de jardines y terrazas y advierte que sus favoritos son los que crean distintos ambientes y proponen paseos por distintos climas. "Pueden ser muy despojados con senderos de piedritas y gramíneas, rectángulos de cemento y espejos de agua que se adapten a la forma y el tamaño del lugar, pastos de diferentes colores, cactus y suculentas (tienen depósitos de agua y comportamientos similares). Pero nunca haría puestas tiradas sobre paredes sin ningún contenido", advierte.

Otra de las ambiciones de Madre Tierra es destinar la vidriera para que los jardineros orgullosos puedan mostrar sus colecciones. Por ahora funciona como templo de una orquídea amarilla y ejemplares de *echeveria gibiffo crassulacea*, que pertenecen a la familia de los yuyos que antes los podadores descartaban y ahora devinieron en piezas de culto ●



LUCILA BLUMENCWEIG

El escultor Juan Calcarami, después de un largo recorrido en el diseño y en la jardinería, lleva adelante ahora un vivero futurista en el que materiales como cemento y vidrio conviven con rarezas de orquídeas, peces de hojalata y paredes de adobe.





El buen rollo de Maitena

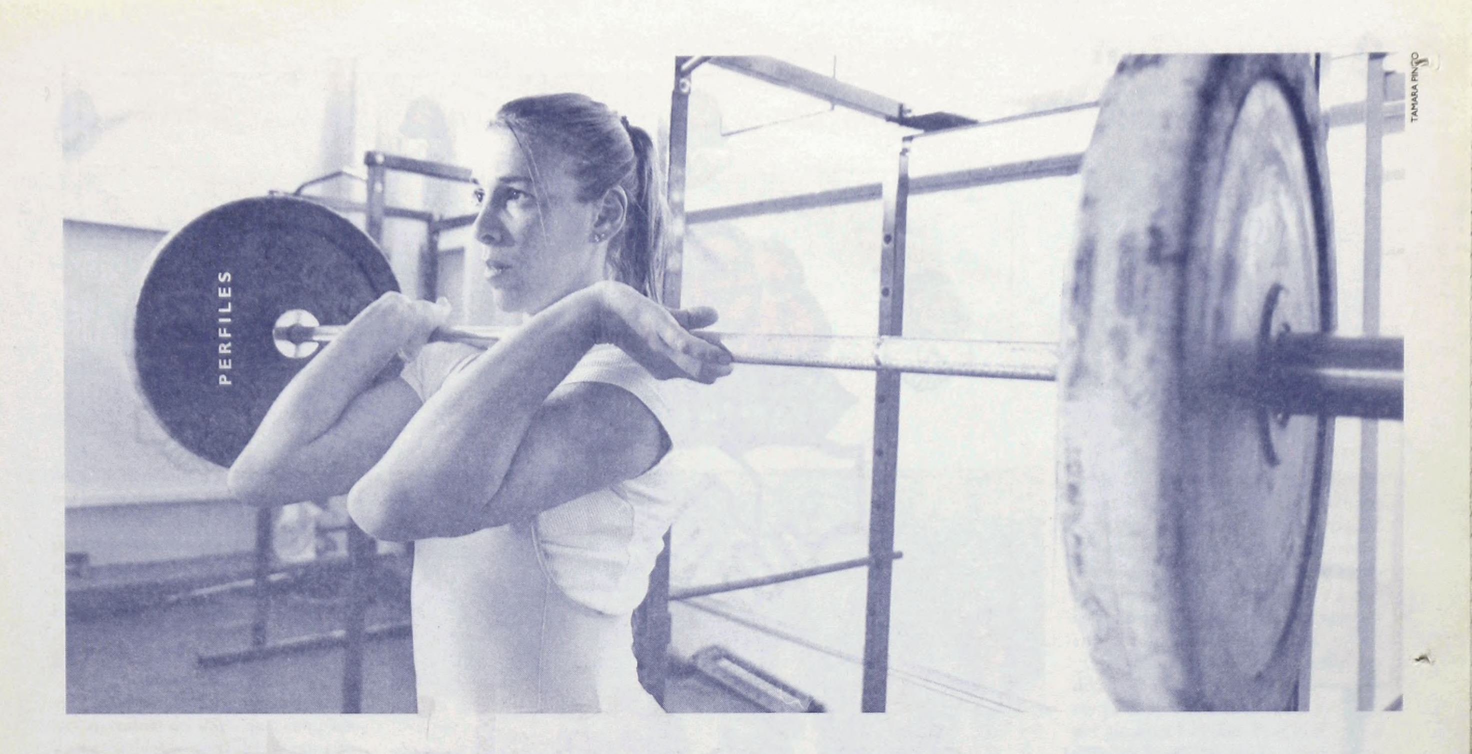


POR SOLEDAD VALLEJOS

La humorista argentina hizo pie en España y cosecha elogios a granel desde su página de la revista del diario *El País*. Los comics ya han sido publicados aquí, pero en la versión española el lenguaje fue a veces modificado: las adolescentes, por ejemplo, ponen la música "a toda pastilla".

Primero fue el zarpazo de la edición de su último libro, *Mujeres alteradas 4*: apenas desembarcar, un aluvión de reseñas invadió sin piedad publicaciones españolas a diestra y siniestra. Resaltaron largamente los elogios que Quino desparramó en el prólogo de las chicas dibujadas de Maitena, las compararon con Mafalda, con Bridget Jones –la protagonista treintañera de un éxito de ventas británico–. La bañaron de flores: "historietas desternillantes y demoledoras", "un auténtico descubrimiento", "comics para mujeres con los que los hombres pueden pasar un buen rato", "un libro para aprender de uno mismo", "fino sentido del humor", "una hilarante y muy recomendable lectura de verano", "el humor más delirante y cotidiano que se pueda imaginar", "humor uterino". Todo esto entre agosto y setiembre. Es decir que, para entonces, la tormenta había cumplido con creces su misión de presentar a Maitena y su obra ante el público español. De hecho, la primera tirada se agotó en poco tiempo, algo qué bastó para que recibiera interesantes propuestas de dos de los mayores grupos editoriales de España: El Grupo Correo, que le ofrecía una página semanal en el suplemento Mujer Hoy, y *El País Semanal* –la revista dominical del diario *El País*–. De ambas, se decidió por la segunda, y, con la renovación del diseño de la revista dominical de *El País* –la culminación de una iniciativa conjunta entre ese diario y *The New York Times*–, la autora argentina comenzó a publicar sus viñetas con frecuencia semanal, a la manera que hace en *Para Ti* desde hace años. Como si fuera poco, el debut la encontró en compañía de nuevos columnistas como Almudena Grandes, Paul Auster, Maruja Torres y Fernando Savater.

Y así es, Maitena desembarcó con tanto desparpajo como buenaventura, pero, aunque los cuadritos que se conocen en España son los mismos que se publicaron aquí, existe una diferencia: debió realizarse una leve modificación del lenguaje, pulir de giros porteños a sus personajes, para adaptarlos a la cotidianidad ibérica. Por eso, leídos desde aquí, resulta rarísimo que alguien ponga "la música a toda pastilla", o tenga un "mal rollo". Es más, que hablen de "tú". Pero superan esa prueba de fuego sin problemas, lo que muestra a las claras que las observaciones en que se basa su autora no son locales, sino todo lo contrario, y que pueden aplicarse a distintas regiones –de hecho, no es ésta su primera incursión por el exterior, años antes sus libros habían sido publicados en varios países de Latinoamérica–, y ser efectivas fuera de su lugar de nacimiento. La primera sorprendida de esta recepción, sin dudas, es la propia Maitena, que no se terminaba de convencer de que su "material funcionara en otros países", y que, gracias a este éxito, está convenciéndose de que "aunque las mujeres no somos todas iguales nos pasan las mismas cosas".



TAMARA PINCO

voluntad y músculos

Ahora que se retiró de la actividad que le deparó ni más ni menos que medallas, aplausos y besos, Andrea Gatti está segura de que eligió levantar pesas sólo por el afán de destacarse en algo. Acompañada desde una prudente distancia por su familia, que no entiende de qué se trata esa pasión por los músculos, esta mujer de 30 tuvo que retirarse de la competencia para poder vivir de lo que más le gusta: desafiar la ley de gravedad levantando con sus brazos pesadas moles de hierro.

POR RAQUEL ROBLES

Andrea Gatti es levantadora de pesas. Un deporte que cuenta con muy pocas mujeres entre sus adeptos, como todas aquellas cosas en las que la fuerza física es protagonista. Para las damas parece estar reservada la fortaleza de espíritu necesaria para sobrellevar los embates de un mundo misógino. Andrea tiene esa fortaleza y la de unos músculos trabajados con la perfección de una escultura de Miguel Angel.

Supo desde muy chica que iba a ser profesora de Educación Física. Siempre andaba buscando deportes para practicar, pero era poco lo que los clubes de su barrio les podían ofrecer a las niñas. Y es por eso que hizo todo lo que en el club tuviera un equipo femenino; básquet, danza, patín. Cuando por fin los años pasaron y llegó la hora de entrar al Profesorado, había hecho un poquito de todo, pero sin haberse destacado en nada. A los 21, cuando su futuro se adivinaba exigiendo abdominales en los patios de las escuelas, durante un curso de preparador físico conoció a quien sería su entrenador: Horacio Anselmi. El fue quien, cuando la invitaban a participar de los entrenamientos, la llamaba a probar. Pero ella rechazaba la oferta. Claro que después, un poco por hacerse amigos y curiosidad, empezó a sacar músculos a fuerza de levantar pesas. "Primero me acerqué por el grupo de gente, después por la posibilidad de tener a los 21 años un deporte mío, elegido, y destacarme en algo."

Así, Andrea comenzó a acariciar el sueño de ser atleta, a pesar de que se supone que tamaña decisión debe tomarse de niño o por lo menos de adolescente. El entrenamiento era intenso pero aun así la idea de competir se le hacía lejana. Otra vez fue su entrenador el que insistió, ahora para que se presente en las competencias nacionales, en el '92. A ella le pareció divertido viajar a Santa Fe con todos sus amigos nuevos para pelear una medalla en ese "deporte tan raro", no tenía más expectativas que ese viaje. Aunque cuando se encontró en sus manos con la medalla del segundo puesto, contra todo lo que pudiera pensarse, ella quedó muy disconforme. "El próximo lo gano", se dijo entonces, y empezó su carrera profesional.

Poco a poco, tras sudar cuatro horas diarias de entrenamiento ("yo nunca tuve talento, lo mío es pura fuerza de voluntad"), fue alcanzando los reconocimientos. Fue campeona nacional desde 1993 hasta que se retiró, obtuvo la medalla de oro en el Campeonato Sudamericano en el '98 y marcó un record nacional levantando 72 kilos de arranque y 87 de envión. Pero la medida del éxito no es igual para hombres y mujeres. Para Andrea "la gran diferencia entre los chicos y las chicas radica en lo económico". A pesar de haber hecho una muy buena carrera y de haber obtenido premios importantes, todo lo que recibió fueron los consabidos aplausos, medalla y beso. "Cuando abría el sobre adentro encontraba la carta de felicitación del Gobierno por haber representado al país y haber ganado, nunca el cheque." A ellos ese famoso sobre llega casi siempre con un estímulo mejor.

Igual Andrea reconoce que "la gente que está cobrando se hizo de abajo y tiene una trayectoria", pero entre esa gente no hay ni hubo ninguna mujer, a pesar de haber alcanzado un gran nivel de méritos. Tampoco fue fácil con el entorno, aunque empezó a ser cada vez más acotado y a estar integrado casi completamente por "gente del ambiente". Su familia siempre la apoyó desde una prudente distancia. A pesar de que los torneos son abiertos y las fechas salen publicadas en los diarios sólo una hermana fue una vez a verla. La mamá la vio en un video y "casi se desmaya". Los que sí asistían siempre eran los amigos, esa otra familia que se va construyendo en el camino y que muchas veces reemplaza a las redes naturales y resisten más que aquella famosa tela de araña donde se balanceaban los elefantes.

Después de 7 años de dedicarse por completo a levantar pesas, el 19 diciembre del año pasado se retiró. Ya no compite. Espera haber hecho lo correcto. No recibir un cobre ayudó a tomar la decisión de retirarse. "Ahora quiero que sea redituable, para que sea mi actividad sea redituable tengo que tener tiempo y para tener tiempo tengo que dejar de entrenar", fue la ecuación que se planteó Andrea. Se retiró de la competencia pero no del deporte. "Dentro del deporte había visto otra proyección, tratar de buscar otra veta, ser árbitro, entrenador." Efectivamente, es entrenadora. En el Centro Nacional de Entrenamiento de Alto Rendimiento Deportivo pesas de apabullante tamaño caen y son levantadas una y otra vez bajo su mirada atenta. Los cuadernitos pasan por su escritorio y ella anota indicaciones, rutinas. Varios chicos y una chica alternan mate con esfuerzos de esos que hacen sobresalir la yugular de las gargantas. Andrea es firme con sus alumnos y todos aceptan de buen grado su rigurosidad. Todo el tiempo rebotan los metales de las pesas contra los oídos y las voces tratan, a veces sin éxito, de superar el alboroto. El talco sale aplaudido de las manos de los futuros atletas y se siente en la seriedad de esos semblantes que se están preparando para vencer. Andrea parece disfrutar su tarea, sin embargo reconoce que le quedó un agujero muy grande desde que se retiró. "Todavía no encontré una actividad que pudiera ser para mí lo que era este deporte. Tener un objetivo claro, la sensación de pertenecer a algo, eso todavía no lo pude reemplazar con nada. No estoy arrepentida de haberme retirado, siempre es bueno dejar el deporte antes de que el deporte la deje a una. Me queda la duda de qué hubiera pasado si hubiera seguido, pero vi mucha gente desbarrancarse y siempre supe que no quería pertenecer a ese grupo."

Ir fijándose metas e ir cumpliéndolas una a una no es algo que se pueda concretar muy a menudo, tal vez por eso ella extraña tanto la estructura de entrenar todos los días, competir, sacar alguna medalla y volver a entrenar. "Este deporte te da la oportunidad de tener objetivos y llevarlos a cabo, es mucho más fácil que casarte y tener hijos." Pero a Andrea le hace falta la adrenalina de los torneos, la posibilidad palpable de ganar. "¿Cómo es ganar? Imposible de definir con palabras. Como estar enamorado, ¿quién podría describir exactamente lo que se siente? En ese momento te pasa por la cabeza como una película todo lo que hiciste para llegar hasta ahí y entonces todo finalmente cobra sentido."









Las socialistas

POR SANDRA RUSSO DESDE PARIS

Antes de la reunión general, sesionó en París el Encuentro de la Internacional Socialista de Mujeres. Delegadas de todas las regiones del mundo llevaron allí sus intereses específicos. El más repetido y reclamado es que sus propios partidos respeten la cuota femenina, y que se penalice aunque sea con la denuncia pública a aquellas organizaciones partidarias que promueven la no discriminación, y discriminen a sus miembros mujeres. En los últimos años la situación de las mujeres en cada país se convirtió en otra medida de desarrollo.



Hace cuatro meses, el nombre de esta morena alta y de buen porte que ahora habla ante el micrófono del auditorio de La Defense, en las afueras de París, circulaba en e-mails que recorrían en cadena computadoras de todo el mundo, y especialmente los de periodistas, miembros de agrupaciones de mujeres y de legisladores de América latina. Piedad Córdoba era en aquel momento presidenta de la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento colombiano, y había sido secuestrada por un grupo paramilitar. Su "plagio" (secuestro), como rezaban los cables de las agencias de noticias, duró diecisiete días, durante los cuales la presión nacional e internacional logró que esta abogada de 43 años y una claridad intelectual pasmosa fuera liberada, pero su vida ya no volvería a ser la misma. Ahora "prácticamente", dice, ya no reside en su país: dos de sus hijos aún permanecen en Colombia, de los otros dos no quiere dar el paradero, y ella vive viajando, esperando una residencia para toda su familia en Canadá. Cuando Piedad pide la palabra en el Encuentro de la Internacional Socialista de Mujeres, que precedió a la de la Internacional Socialista, es para interrumpir por un rato la fiesta de datos que llevó al estrado la viceministra de Trabajo francesa, Nicole Pery, quien dejó en el aire dos datos admirables a cuenta del Partido Socialista galo: en el ámbito del trabajo, el 55 por ciento del presupuesto, es decir más de la mitad de los fondos, se destina al fomento del trabajo femenino, lo cual marca la visibilidad innegable de las mujeres en el mercado. Y el otro: en una encuesta oficial relacionada con la reducción de la jornada laboral en Francia, el 70 por ciento de los hombres, interrogado sobre qué haría con su tiempo libre, respondió que lo dedicaría a sus hijos, lo cual marca un rasgo cultural decisivo a la hora de evaluar cómo marchan las relaciones entre teoría y práctica. Pero Piedad desciende rápidamente del entusiasmo generalizado y vuelve a la problemática que trae ella desde el día a día de Medellín, de Cali, de Bogotá, de las selvas en las que se ocultan las mujeres que huyen de los enfrentamientos entre narcos y paramilitares, desde los suburbios en los que se prostituyen, sin redes en las que apoyarse para sobrevivir.

Piedad quiere hablar sobre el conflicto armado colombiano, tan naturalizado que ni siquiera es elevado a ese rango como lo fue el de Bosnia o el de Kosovo, quiere hablar de violaciones, y quiere saber cómo se piensa penalizar a los partidos socialistas que no respetan la cuota femenina. Piedad pertenece al Partido Liberal, recién reconocido como miembro pleno de la IS. Admite que es una bolsa de gatos que incluye desde progresistas transparentes a obstinados ultraderechistas. "Las mujeres son quienes más sienten el impacto de los conflictos armados. En Colombia el desplazamiento interno es de dos millones de personas, y de ese total el 57 por ciento son mujeres. Muchas de esas mujeres son violadas por los diferentes actores del conflicto. Ellas migran escapando del fuego cruzado. Sufren el desarraigo, son empujadas a la prostitución, padecen la violencia, y aun así siguen siendo responsabilizadas por cada una de esas cosas en el tejido social."

–La Internacional de Mujeres lo que está mostrando en estos días es una abismal diferencia de situaciones entre las diferentes regiones que la componen. ¿Qué tienen en común una mujer francesa y una angoleña, o una colombiana? ¿Cuál podría ser el hilo conductor?

–Las problemáticas, sí, son muy diferentes. Mientras las mujeres del mundo desarrollado hablan de la utilización del tiempo libre, nosotras ni siquiera podemos hablar sobre la socialización de las tareas domésticas que permitirían a las mujeres salir a trabajar. Y, salvo la Argentina, en ningún país de América latina se respeta la cuota femenina.

–El tema de la cuota reaparece en cada intervención de las delegadas, especialmente de las de países en desarrollo.

–Se insiste con la cuota porque la participación de las mujeres en las corporaciones públicas tiene mucho que ver con la transformación del Estado. El Estado se modifica a través de las leyes, y es ahí donde las mujeres todavía no constituyen una masa crítica que sea capaz de incidir en la nueva estructuración de los Estados. Y volviendo a la pregunta de si hay un hilo conductor entre todas las mujeres del mundo, bueno, el más claro es que a pesar de todo lo que se ha hablado desde Beijing a aquí, y con muy, muy contadas excepciones, las mujeres seguimos siendo ciudadanas mundiales de segunda categoría. El hilo conductor sería lograr enmarcar nuestros derechos como









derechos humanos, y los derechos humanos como derechos fundamentales, igual que los económicos o los sociales. Me pregunto: si en los Parlamentos hubiera ese 50 por ciento de mujeres que reclamamos, ¿saldrían las mismas leyes? ¿o habría otras prioridades?

¿Y POR CASA?

En el Encuentro de la ISM hubo, además de un par de dirigentes de la UCR, tres argentinas del PSP –que, cumpliendo a rajatablas la cuota del 30 por ciento, acompañaron a siete hombres en el Encuentro de la IS–. Fueron la rosarina Silvia Ausburger, Secretaría de la Mujer del Partido Socialista Popular, la marplatense María del Carmen Viñas, que fue reelecta vicepresidenta regional de la ISM, y la legisladora porteña Clory Yelicic, que dice: "Uno de los debates más interesantes que se dieron aquí fue el de pedir, de exigir que los partidos miembros de la IS aumenten la cantidad de mujeres delegadas, y en los gobiernos que llevan adelante. En el encuentro general, la participación femenina será muy poca. En el panel principal apenas habrá una, Dolores Renau, que acaba de ser elegida la nueva presidenta de la ISM. Esta mañana, Dolores planteó la necesidad de armar una comisión entre la IS y la ISM, para que las mujeres puedan ejercer no sencillamente una representación, sino, sobre todo, el establecimiento de una agenda política que rescate nuestros intereses específicos, que después de todo son los de más de la mitad de la población".

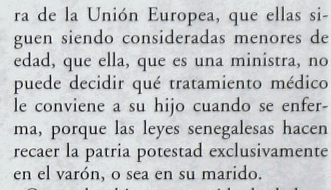
María del Carmen Viñas tiene 47 años muy bien disimulados, es menuda, enérgica y por segunda vez es vicepresidenta de la región que además de a la Argentina, incluye a Uruguay, Chile, Bolivia y Perú. Tiene perfil bajo pero no para de recorrer el auditorio para hablar con una y otra delegada, de redactar declaraciones, de revisar enmiendas, de entrecruzar sus charlas amistosas de pasillo o de café con anécdotas transcurridas en los más diversos aeropuertos y rincones del mundo. Desde el '84 asiste puntualmente a las reuniones de la ISM, y su prepotencia de trabajo en los burós, en las reuniones preparatorias y en cada uno de los encuentros la llevó a su cargo ejecutivo. Viñas recuerda que la IS "era inicialmente europeísta, y quien abrió la puerta a la incorporación de otras regiones, creo yo, fue Willy Brandt. Desde hace diez años, la ISM ha jugado un papel muy importante en la participación política de las mujeres, se convirtió en un espejo para otros sectores. El tema de las cuotas se planteó aquí en ese entonces como un objetivo de lucha, y sigue siéndolo. Porque al haber hecho esa apertura, ahora la Unión Europea eso lo tiene resuelto, pero falta resolverlo en los países africanos, en los latinoamericanos. No es una tarea cumplida. Las mujeres de esas regiones ahora demandan espacio y atención, y van a presionar para tenerlo".



PARTE DE LA DELEGACIÓN ARGENTINA EN PARÍS: DE IZQ. A DER., LAS SOCIALISTAS YELICIC, AUSBURGER Y VIÑAS, Y LA RADICAL STORANI.

MENORES DE EDAD

Aminata Mbengue Ndiaye es la voluminosa y carismática ministra de Salud de Senegal, y vicepresidenta de la ISM para Africa. En el podio, alza la voz para relatar los avances que registra su país, la lucha contra la mutilación genital, que aunque es ilegal en muchos países de la región sigue siendo practicada clandestinamente, y que para esa lucha fue necesario que las feministas trabajaran mancomunadamente con los imanes, los jefes religiosos, para demostrarles a los hombres que la escisión del clítoris es una aberración desde todo punto de vista, incluso desde el teológico. A pesar de esos avances, Aminata recuerda que el punto de partida de esas mujeres es muy anterior al de cualquiera de la Unión Europea, que ellas siguen siendo consideradas menores de edad, que ella, que es una ministra, no puede decidir qué tratamiento médico le conviene a su hijo cuando se enferma, porque las leyes senegalesas hacen recaer la patria potestad exclusivamente en el varón, o sea en su marido.



Otra colombiana que reside desde hace décadas en Suiza y es parlamentaria de ese país, pide la palabra para protestar por giros del lenguaje. No quiere que se diga "ser humano" sino "persona humana", no quiere que se diga "dear sisters", porque eso de "hermanas" le suena "muy católico", y no quiere que se hable más de "la mujer", sino de "las mujeres", porque lo único que hay es diversidad.

Así van hablando las representantes de Bosnia, de Palestina, de Argelia, de Kurdistán, de Turquía, de Malta, de Grecia, de Armenia, de República Dominicana, de Nicaragua. Cada una lleva su preocupación y su esperanza. En los talleres hay decepción: duran poco y cada tema es grave, y cada una sabe que no podrá desarrollar sus argumentos y que llevará a casa menos de lo esperado. Se habla de la cuota, de violaciones, de anticoncepción, de la educación de las niñas y de las mujeres, de pobreza y desarrollo, de créditos, de transversalidad, de violencia, de derechos públicos y derechos privados. Las europeas están más relajadas porque tienen mucho que exhibir. Las latinoamericanas están ansiosas y las africanas y las asiáticas están angustiadas. Entre todas ellas hay una corriente de empatía que tal vez se deba a que, sin acertar a saber cómo ni en qué reside, todas son conscientes de que el mundo les debe algo•

